

1. *EL REINADO DE FELIPE IV* *COMO DECADENCIA DE LA MONARQUÍA HISPANA*

José Martínez Millán

El reinado de Felipe IV (1621-1665) ha sido calificado, ya desde sus días, como el período en el que se consumó la decadencia de la Monarquía hispana. Lejos de considerar esta evolución como un proceso coyuntural, más o menos largo, la “declinación” de la Monarquía católica durante el siglo XVII se convirtió en una característica esencial de la Historia de España, que se ha utilizado como excusa para explicar cualquier tipo de retraso de la nación española con respecto a Europa a partir de entonces, como si este declive se hubiera incrustado en la misma existencia de España sin que haya podido escapar.

No obstante, como todo concepto que abarca una amplia realidad y se prolonga indefinidamente en el tiempo, la idea de “decadencia”, y las causas que la provocaron, han ido cambiando paulatinamente, si bien, la memoria colectiva siempre ha tendido a pensarla como un fenómeno inmutable. Por eso, antes de comenzar el estudio del reinado de Felipe IV, considero de suma utilidad realizar un breve repaso historiográfico, ya que ayudará a descubrir determinados aspectos de su evolución histórica (que pasan desapercibidos) y a matizar las distintas causas de la “decadencia” de su Monarquía.

1.1. *LA DECADENCIA DE LA MONARQUÍA HISPANA EN EL SIGLO XVII*

La sociedad castellana tomó conciencia de la decadencia de la Monarquía hispana ya en los últimos años del siglo XVI y principios del siglo XVII. Las causas primeras a través de las cuales percibió esta “declinación” fueron las económicas, que fueron denunciadas por las elites castellanas en numerosos escritos. Tales quejas fueron asumidas por los historiadores posteriores, quienes realizaron minuciosos análisis empíricos de los documentos conservados en los archivos, demostrando la adecuación de lo expresado en tales memoriales con la realidad contable de las distintas instituciones de la Monarquía y de las transacciones mercantiles de la época. Tan evidente y, a la vez, unidimensional interpretación, ha

constituido uno de los pilares fundamentales que sostiene la formulación historiográfica de la “crisis del siglo XVII” en Europa¹. De esta manera, se ha llegado a conceder a tales documentos un valor absoluto de interpretación histórica sobre el periodo, lo que ha inducido a subordinar cualquier manifestación político-social e ideológica a esta evolución económica, sin percatarse de que estas “causas secundarias” resultan determinantes para explicar de manera completa y satisfactoria el proceso de la decadencia².

En efecto, las dificultades económicas por las que atravesaron las elites castellanas de aquella época fueron señaladas –de diferentes maneras– como causantes del declive; así, para Sancho de Moncada era la escasez de población la que provocaba este declinar económico³; para Lope de Deza, Fernández de Navarrete o Caxa de Leruela, la raíz del mal se encontraba en la baja producción de la agricultura y el abandono de las tierras de labor⁴; hubo otros, como los componentes de la denominada “Escuela de Toledo”, que achacaban la decadencia a la falta de industria y manufactura⁵; incluso, otro grupo hablaba de los malos hábitos y costumbres de los castellanos como la ociosidad o el vivir de las rentas⁶. Es

¹ T. ASTON: *Crisis in Europe, 1560-1660*, Londres 1965 [existe traducción española: Madrid, Alianza, 1985]. Una revisión historiográfica del tema en F. BEGNINO: “Ripensare la crisi del Seicento”, *Storica* 2/5 (1996), pp. 10-52. Asimismo, para la decadencia de Italia, M. VERGA: “Il Seicento e i paradigma della storia italiana”, *Storica* 4 (1998), pp. 7-42, y de este mismo autor: “Decadenza italiana e idea d’Europa (XVII-XVIII scc)”, *Storica* 8 (2002), pp. 7-32.

² P. VILAR: “Le temps du *Quichotte*”, *Europe* (enero 1956), pp. 1-16. El artículo fue traducido e incluido en una colección de varios de sus trabajos, publicada bajo el título: *Crecimiento y desarrollo*, Barcelona 1976 (3ª ed), p. 332; J. H. ELLIOTT: “La decadencia de España”, en J. H. ELLIOTT: *España y su mundo, 1500-1700*, Madrid 1991, p. 286; J. E. GELABERT GONZÁLEZ: *La bolsa del Rey. Rey, reino y fisco en Castilla (1598-1648)*, Barcelona, 1997; F. J. ARANDA PÉREZ (coord.): *La declinación de la Monarquía hispana en el siglo XVII*, Cuenca 2004; A. FEROS, y J. E. GELABERT (dirs.): *España en tiempos del Quijote*, Madrid 2005.

³ S. DE MONCADA: *Restauración política de España*, edición de J. Vilar, Madrid 1974.

⁴ L. DE DEZA: *Gobierno político de la agricultura*, edición de A. García Sanz, Madrid 1991; M. CAXA DE LERUELA: *Restauración de la abundancia de España*, edición de J. P. Le Flem, Madrid 1975.

⁵ J. DE CEBALLOS: *Memorial para suplicar al Rey (Felipe III) que se prohíba la entrada a las mercaderías labradas fuera del reino y la salida de las lanas y materiales en que se han de ocupar y trabajar los naturales*, Toledo 1620; J. DE CEBALLOS: *Arte real para el buen gobierno de los Reyes, y Príncipe, y de sus vasallos*, Toledo 1623.

⁶ Existen excelentes estudios sobre los arbitristas, valga como resumen el de L. PERDICES DE BLAS: *La economía política de la decadencia de Castilla en el siglo XVII*, Madrid 1996.

preciso señalar que todos estos autores estaban vinculados, directa o indirectamente, con las elites castellanas que habían contribuido a la configuración de la Monarquía y que, por tanto, universalizaban sus problemas a todos los territorios del Imperio⁷, lo que induce a pensar que no solo veían el derrumbe económico de Castilla, sino también el desplazamiento que el grupo o facción política “castellana” estaba experimentando con respecto al centro de poder, fruto de las propias contradicciones que ofrecía la organización de la Monarquía que habían forjado a lo largo del siglo XVI⁸.

En efecto, estos mismos escritores utilizaron otras metáforas y expresiones cuyo contenido encierra una preocupación más compleja que la mera evolución económica. González de Cellorigo afirmaba con rotundidad que Castilla constituía el corazón de la Monarquía y si Castilla desfallecía, toda la Monarquía estaba enferma⁹: “Castilla es cabeza, fundamento y abrigo de los demás reinos” o “cabeza, raíz y principal fundamento del árbol de esta Monarquía”¹⁰. Álamos de Barrientos la describía como:

⁷ J. DE PALAFOX: “Juicio interior y secreto de la Monarquía para mí solo, por el ilustrísimo señor don Juan de Palafox”, *Semanario Erudito de Valladares*, Madrid 1788, VI, pp. 45-65, señalaba que la Monarquía se constituyó con los Reyes Católicos, maduró con Carlos V y Felipe II y, finalmente, comenzó su declive en el siglo XVII con los monarcas siguientes. Ya, en el siglo XVI, se denunciaba la contradicción en que se estaba incurriendo, como se puede ver en “Discursos sobre remediar los males y miserias de España” (BNE, Ms. 2341). B. CUART: “La larga marcha hacia las historias de España en el siglo XVI”, en R. GARCÍA CÁRCCEL (coord.): *La construcción de las historias de España*, Madrid 2004, pp. 45-126; A. MORALES MOYA y E. DE VEGA (coords.): *¿Alma de España? Castilla en las interpretaciones del pasado español*, Madrid 2005, especialmente “Introducción” y artículos de A. Morales Moya y B. Pellistrandi.

⁸ Parece que así lo entienden, J. VELARDE FUERTES: *Sobre la decadencia económica de España*, Madrid 1969, y A. DOMÍNGUEZ ORTIZ: “El siglo XVII español. El trasmundo del arbitrista”, en E. FUENTES QUINTANA (dir.): *Economía y economistas españoles, 2: De los orígenes al mercantilismo*, Barcelona 1999, pp. 403-424.

⁹ *La Junta de Reformación. Documentos procedentes del Archivo Histórico Nacional y del General de Simancas, 1618-1625*, edición de A. González Palencia, Valladolid 1932, p. 169. El símil médico de la situación de la Monarquía fue reiteradamente difundido, cf. J. H. ELLIOTT: “Introspección colectiva y decadencia en España a principios del siglo XVII”, en J. H. ELLIOTT (ed.): *Poder y sociedad en la España de los Austrias*, Barcelona 1982, pp. 198-223; J. DE CEBALLOS: *Arte real para el buen gobierno...*, op. cit., f. 30: “Vuestra Majestad es el médico de esta república”.

¹⁰ M. GONZÁLEZ DE CELLORIGO: *Memorial de la política necesaria y útil restauración a la república de España y estado de ella y desempeño universal de estos reinos*, estudio preliminar de J. Pérez de Ayala, Madrid 1991.

En otras monarquías todos los miembros contribuyen para conservación y grandeza de la cabeza y naturales de ella, como es justo [...] y en la nuestra es la cabeza la que trabaja y da para que los demás miembros se alimenten ¹¹.

Por su parte, para Fernández de Navarrete la Monarquía estaba enferma y “la enfermedad es gravísima” ¹². No cabe duda de que estas expresiones se referían a la constitución política de la Monarquía; los síntomas económicos de la enfermedad se producían porque la Monarquía estaba de tal manera estructurada que el reino de Castilla, en torno al que se había configurado, no era capaz de mantener su dominio o de articular la actividad del conjunto de territorios que componían tan gran organización política. Es decir, que la Monarquía hispana, configurada durante el reinado de Felipe II, bajo el liderazgo de Castilla, daba sus primeros síntomas de inviabilidad política durante las primeras décadas del siglo XVII.

Ya en los años centrales del reinado de Felipe IV, cuando los ejércitos hispanos comenzaron a ser derrotados en la Guerra de los Treinta Años, las manifestaciones pesimistas se produjeron con las derrotas militares, provocadas por los numerosos enemigos que se había buscado la Monarquía por defender la confesión católica. Para proveer ejércitos, cada vez más grandes, los monarcas hispanos tuvieron que buscar ingresos a través del aumento de tributos ¹³, lo que para buena parte de los historiadores se ha interpretado como causa fundamental del ahogo económico de Castilla y de las abundantes revueltas sociales acaecidas durante los años centrales del reinado de Felipe IV ¹⁴. Las derrotas militares fueron

¹¹ J. H. ELLIOTT: “El programa de Olivares y los movimientos de 1640”, en F. TOMÁS Y VALIENTE (dir.): *La España de Felipe IV. El gobierno de la Monarquía, la crisis de 1640 y el fracaso de la hegemonía europea*, (Historia de España dirigida por Ramón Menéndez Pidal, XXV), Madrid 1982, p. 338.

¹² P. FERNÁNDEZ NAVARRETE: *Conservación de Monarquías*, Madrid 1626, discurso 49 [edición de M. D. Gordon, Madrid 1982].

¹³ Presenta una recopilación muy extensa de tales opiniones, I. A. A. THOMPSON: “Aspectos de la organización naval y militar durante el ministerio de Olivares”, en *La España del Conde Duque de Olivares*, Valladolid 1990, pp. 249-273; I. A. A. THOMPSON: “El declive de España y sus relaciones internacionales: percepciones y política a finales del siglo XVII”, en P. SANZ CAMAÑES (ed.): *Tiempo de cambios. Guerra, diplomacia y política internacional de la Monarquía hispánica*, Madrid 2012, pp. 119-143.

¹⁴ Explica el proceso con gran exactitud, J. E. GELABERT GONZÁLEZ: *La bolsa del Rey...*, op. cit.; *Castilla convulsa (1631-1652)*, Madrid 2001; “Las finanzas de la Monarquía hispana en tiempo de Cervantes”, *Economía* 5 (2004), pp. 110-112. También, aunque más enfocado a los sucesos que siguieron a 1640: “*Senza rumore*” El tránsito de Castilla por el tiempo de las seis revoluciones contemporáneas”, en E. GARCÍA FERNÁNDEZ (coord.): *El poder en Europa y América: mitos, tópicos y realidades*, Bilbao 2001, pp. 111-139.

el argumento por excelencia de los historiadores liberales del siglo XIX para explicar la decadencia de la Monarquía hispana. En la actualidad, el tema ha sido abordado por un grupo de estudiosos que han revisado y realizado un excelente análisis del tema militar de la época, relativizando tales derrotas ¹⁵.

Como deducción lógica, se ha interpretado que los diversos estamentos de la Monarquía –y el propio rey– buscasen la paz y acudiesen a todo tipo de estratagemas y renuncias con tal de mantener unidos a sus reinos y no ser golpeados por los ejércitos extranjeros ¹⁶. La corriente revisionista que ha analizado los acontecimientos bélicos, ha hecho hincapié en las efectivas actividades diplomáticas y en los competentes (en líneas generales) embajadores y delegados con los que contó la Monarquía durante este período de decadencia ¹⁷. Ni que decir tiene que los textos en que se aconsejaba al monarca que buscara la paz en

¹⁵ E. MARTÍNEZ RUIZ: “Algunas consideraciones sobre la crisis del dispositivo militar de la Monarquía hispánica”, en P. SANZ CAMAÑES (ed.): *Tiempo de cambios...*, op. cit., pp. 97-119, para nuestro propósito véase la conclusión, pp. 117-119. La renovación de los estudios sobre el ejército, su composición y los cambios que experimentó durante el siglo XVII es una de las corrientes de investigación más floreciente en la actualidad; además de los estudios que le ha dedicado el profesor Martínez Ruiz, conviene recordar la línea de investigación iniciada y mantenida por los profesores F. Andújar Castillo, D. Maffi, M. P. Pi Corrales, M. C. Saavedra Vázquez.... Todos ellos han participado en E. GARCÍA HERNÁN y D. MAFFI (eds.): *Guerra y sociedad en la Monarquía hispánica. Política, estrategia y cultura en la Europa Moderna (1500-1700)*, Madrid 2006, 2 vols., obra a la que me remito.

¹⁶ G. PASAMAR ALZURIA: “La configuración de la imagen de la ‘decadencia española’ en los siglos XIX y XX”, *Manuscripts* 11 (1993), pp. 186-187; F. MARTÍNEZ DE LA ROSA: *Obras*, Madrid 1962, VIII: *Bosquejo histórico de la política de España desde los tiempos de los Reyes Católicos hasta nuestros días* (BAE, CLV); M. LAFUENTE Y ZAMALLOA: *Historia General de España*, Madrid 1850-1867, 30 vols.; D. ALDAMA y J. M. GARCÍA GONZÁLEZ: *Historia General de España desde los tiempos primitivos hasta fines del año 1860, incluso la gloriosa guerra de África*, Madrid 1863-1868, 7 vols.; F. GONZÁLEZ MORÓN: *Curso de Historia de la civilización de España*, Madrid 1841, 6 vols.; E. TAPIA: *Historia de la civilización española, desde la invasión de los árabes hasta la época presente*, Madrid 1840, 2 vols.; A. CAVANILLES: *Historia de España*, Madrid 1860-1863, 5 vols. Estudiados por R. LÓPEZ VELA: “De Numancia a Zaragoza. La construcción del pasado nacional en las historias de España del ochocientos”, en R. GARCÍA CÁRCCEL (coord.): *La construcción de las historias de España...*, op. cit., pp. 195-298.

¹⁷ E. SALVADOR ESTEBAN: “La Monarquía y las paces europeas, 1648-1660”, en J. ALCALÁ-ZAMORA y E. BELENGUER (eds.): *Calderón de la Barca y la España del Barroco*, Madrid 2001, vol. II, pp. 207-227; C. STORRS: “La diplomacia española durante el reinado de Carlos II: una Edad de Oro o ¿quizá de Plata?”, en P. SANZ CAMAÑES (ed.): *Tiempo de cambios...*, op. cit., pp. 21-54.

Europa fueron numerosísimos a lo largo del siglo XVII; sin embargo, es preciso tener en cuenta que estos anhelos se desarrollaron dentro de la política pacifista iniciada por Roma, sostenida por una espiritualidad radical¹⁸, y en un contexto europeo tanto político, como sobre todo intelectual, que –tras la Guerra de los Treinta Años– aspiraba a la estabilidad del continente, como admirablemente ha descrito Theodoro K. Rabb¹⁹.

1.2. LA DECADENCIA DURANTE EL SIGLO XVIII. EL ATRASO CULTURAL

El siglo XVIII o siglo de la Ilustración fue considerado en Europa como la época de la civilización del progreso y la libertad de pensamiento²⁰. Ahora bien, lo opuesto a las luces y a la razón era la fe, es decir, la religión. La Monarquía hispana siempre se había identificado con la defensa de la religión, incluso había llegado a ser conocida como la “Monarquía católica”, y a establecer un tribunal eclesiástico, como era el del Santo Oficio de la Inquisición, para defender la religión que aún se hallaba vigente en el “Siglo de las Luces”. Dicha institución era presentada como el gran monstruo causante del atraso y de la persecución de

¹⁸ La subordinación de la Monarquía hispana a los intereses de Roma; es decir, el cambio político que experimentó la Monarquía hispana de *Monarchia universalis* a *Monarquía católica*, lo he estudiado en diferentes trabajos [J. MARTÍNEZ MILLÁN y M. A. VISCEGLIA (dirs.): *La Monarquía de Felipe III*, Madrid 2008, vol. I: “Introducción”; J. MARTÍNEZ MILLÁN: “La evaporación del concepto de Monarquía católica”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN, C. CAMARERO, M. LUZZI (coords): *La Corte de los Borbones. Crisis del sistema cortesano*, Madrid 2013, vol. III, pp. 2143–2196]. Este cambio de justificación ideológica de la Monarquía (que produjo un cambio en las relaciones entre la Monarquía y el Papado), que tuvo lugar a principios del siglo XVII, no ha sido percibido ni manifestado por los cronistas de la época ni por los historiadores actuales; al contrario, presentan una continuidad inmutable de la ideología católica y de las relaciones jurisdiccionales entre Roma y Madrid durante los siglos XVI y XVII, que llevan a una confusión en la interpretación de la historia de España y también de su decadencia.

¹⁹ T. K. RABB: *The Struggle for Stability in Early Modern Europe*, Londres 1975. Frente a las guerras religiosas del período anterior, en la Europa de la segunda mitad del siglo XVII, se tiende a la estabilidad y a la universalidad. En este sentido la labor de los intelectuales, en general, la llamada *República de las Letras* hizo una difusión por toda Europa trascendiendo fronteras (H. BOTS y F. WAQUET: *La Repubblica delle lettere*, Bolonia 2005, pp. 45 ss.).

²⁰ Sobre el nacimiento de la idea de progreso, F. ROUVILLOIS: *L'invention du progrès, 1680–1730*, París 1996, pp. 9–17.

la cultura; por la misma razón, los monarcas que emplearon todos los recursos de sus reinos en defensa de la religión fueron los causantes de la decadencia de España. Durante el siglo XVIII, la decadencia de la Monarquía católica no solo había sido causada por la dinastía de los Austria y por la defensa de la religión católica, sino también porque estos elementos habían sido los causantes del retraso cultural que existía en España al impedir la innovación filosófica que se había producido en Europa durante el siglo XVII²¹.

Pero además, durante el siglo de la Ilustración apareció el concepto de individuo y la crítica al sistema político anterior, lo que hizo aparecer una ideología, que podríamos calificar de proto-nacionalismo. Efectivamente, la preocupación que se inició en Europa durante el siglo XVIII en torno al *carácter nacional* implicó la necesidad de conocer la propia historia²². Los hombres de letras españoles eran plenamente conscientes del atraso científico y del mal concepto que los extranjeros tenían de España²³. En su intento de reformar la cultura de la Monarquía encontraron la oposición de los tradicionalistas, que despreciaban la mentalidad ilustrada y las corrientes de pensamiento innovadoras²⁴. Los ilustrados pretendieron mantener una actitud de apología cultural nacional que

²¹ “Casi toda la Europa está hoy hirviendo en una especie de furor, por querer cada nación levantar y engrandecer su mérito literario sobre las demás que se le disputan” (J. P. FORNER: *Oración Apologética por la España y su mérito literario. Exórnación al discurso del abate Denina en la Academia de Ciencias de Berlín sobre ¿Qué se debe a España?*, Madrid 1786 [ed. facsímil, Valencia 1992], p. 4.

²² J. A. MARAVALL: “Mentalidad burguesa e idea de Historia”, *Revista de Occidente* 107 (1972), pp. 250-286; A. MESTRE SANCHÍS: “La historiografía española en el siglo XVIII”, en *Carlos III y su Siglo*, Madrid 1990, vol. I, pp. 21-60. Sobre la aparición de la Historia de la literatura en el siglo XVIII, véase J. ÁLVAREZ BARRIENTOS y A. MESTRE SANCHÍS: “La nueva mentalidad científica”, en V. GARCÍA DE LA CONCHA (dir.): *Historia de la literatura española. Siglo XVIII (I)*, Madrid 1995, pp. 108-111; F. LÓPEZ: “Comment l’Espagne éclairée inventa le Siècle d’Or”, en A. GIL NOVALES (ed.): *Hommage des Hispanistes Françaises à N. Salomon*, Barcelona 1979, pp. 515-527; I. URZAINQUI: “El concepto de historia literaria en el siglo XVIII”, en *Homenaje a Álvaro Galmés de Fuentes*, Madrid 1987, vol. III, pp. 565-589.

²³ “Que es lastimosa y aún vergonzosa cosa que, como si fuéramos indios, hayamos de ser los últimos en recibir las noticias y luces públicas que ya están esparcidas por toda Europa” (J. DE CABRIADA: *Carta filosófica, médico-chymica*, Madrid 1686).

²⁴ O. QUIROZ MARTÍNEZ: *La introducción de la filosofía moderna en España: el eclecticismo español de los siglos XVII y XVIII*, México 1949; F. SÁNCHEZ-BLANCO: *La mentalidad ilustrada*, Madrid 1999; J. PÉREZ MAGALLÓN: *Construyendo la Modernidad: la cultura española en tiempos de los novatores*, Madrid 2002.

les sirviera de defensa ante los partidarios de la tradición hispana y, al mismo tiempo, demostrase a los extranjeros que hubo un tiempo en el que los españoles eran los más avanzados intelectualmente de Europa.

Durante la segunda mitad del siglo XVIII, la historiografía en España experimentó un gran influjo por el influjo de Voltaire a través de su *Essai sur les Moeurs* (1756). Esta obra hizo que los intelectuales españoles aceptasen otros paradigmas para escribir la historia: censurar la historia heroica y militar para insistir en otros valores como la tolerancia, agricultura, comercio y leyes y cambiar los valores de la nobleza por los de la burguesía ascendente²⁵. Las elucubraciones teológicas sobre la misión de España en la Historia se sustituyeron por un análisis menos trascendental y más realista. Esto hizo que surgiera la historia crítica y el abandono de los falsos cricones, que algunos escritores los estaban utilizando para destacar las glorias de la nación²⁶. Todos los historiadores señalan la importancia de la obra de Mabillon: *De re diplomatica* (1681) en el campo de las ciencias instrumentales de la historia; pero en España tuvo especial importancia:

Los instrumentos de esta toma de conciencia histórico-crítica provinieron esencialmente de la escuela jesuítica de Bolland y más tarde de la benedictina de Mabillon, después de la difusión en España en los años ochenta de la obra *De re diplomatica*²⁷.

Así, Feijoo (1676-1764) escribía con el objetivo de investigar y dar a conocer las cosas pasadas y denunciaba que, con frecuencia, los historiadores se dedicaban más a lisonjear a la nación que a descubrir “la verdad o importancia de los sucesos”²⁸. Por su parte, el jesuita Juan Francisco Masdeu (1744-1817) se preocupaba en su *Historia crítica de España* de examinar “los defectos que suelen atribuirse

²⁵ J. ÁLVAREZ DE BARRIENTOS: “Los hombres de letras”, en J. ÁLVAREZ DE BARRIENTOS, F. LÓPEZ e I. URZAINQUI: *La República de las letras en la España del siglo XVIII*, Madrid 1995, pp. 19-61.

²⁶ Lo destaca A. MESTRE SANCHÍS: “La imagen de España en el siglo XVIII: apologistas, críticos y detractores”, en *Actas del Simposio sobre posibilidades y límites de una historiografía nacional*, Madrid 1984, pp. 225-226. Asimismo, O. REY CASTELAO: “Introducción” a J. GODOY ALCÁNTARA: *Historia crítica de los falsos cricones*, Madrid 1868 [ed. facsímil, Granada 2000].

²⁷ G. STIFFONI: *Verità della storia e ragioni del potere nella Spagna del primo 700*, Milán 1987, pp. 18-19; A. VILAPLANA: “Correspondencia de Papebroch con el marqués de Mondéjar”, *Hispania Sacra* 25 (1972), pp. 293-348.

²⁸ B. J. FEIJÓO: *Reflexiones sobre la historia*, en “Suplemento al Teatro Crítico”, *Obras escogidas*, Madrid 1961, pp. 379-394 (BAE, CXLIII).

al ingenio español”²⁹. Por su parte, José Cadalso destacaba su sentimiento nacional en sus *Cartas marruecas*³⁰. El estudio del carácter español se revistió de patriotismo en la famosa polémica levantada por Masson de Morvilliers con su artículo sobre España en la *Encyclopédie Méthodique* (1782) en que contestaba negativamente a la pregunta “¿Qué se debe a España?”. Este artículo fue replicado, en primer lugar, por Antonio José Cavanilles, preceptor de los hijos del duque del Infantado y residente en París, quien escribió unas *Observations sur l'article Espagne de la Nouvelle Encyclopedie*, que muy pronto fueron traducidas al castellano³¹. No obstante, la contestación que tuvo más resonancia fue la debida a Juan Pablo Forner (1756–1797) en su famosa *Oración apologética por la España*³².

Pero Forner tuvo, a su vez, detractores, tales como los artículos publicados en *El Censor* o las críticas sobre la utilidad de la teología y la metafísica, como refleja el autor de *Cartas de un español residente en París*, atribuidas a Antonio Borrego³³. Asimismo, las inculpaciones de Tiraboschi y Betinelli, quienes acusaban a España de ser la corruptora del lenguaje literario ya desde tiempos de los romanos. Con este motivo, un grupo de jesuitas expulsos produjeron una literatura apologética de desigual valor a favor de España³⁴. El abate piamontés

²⁹ Sobre la obra de Juan Francisco Masdeu, véase M. BATLLORI: *La cultura hispano-italiana de los jesuitas expulsos*, Madrid 1966, pp. 413–435. Un muy completo estudio sobre la historiografía española del siglo XVIII y sus nuevos planteamientos en A. MESTRE SANCHÍS: “Conciencia histórica e historiografía”, en *La época de la Ilustración. El Estado y la cultura (1759–1808)*, (*Historia de España dirigida por Ramón Menéndez Pidal*, XXXI/1), Madrid 1987, pp. 304–345.

³⁰ J. A. MARAVALL: *Estudios de la historia del pensamiento español (siglo XVIII)*, Madrid 1991, pp. 32–33.

³¹ *Observaciones sobre el artículo España de la nueva Enciclopedia, escritas en francés por el Doctor D. Antonio Cavanilles, presbítero, y traducidas al castellano por D. Mariano Rivera*, Madrid 1784.

³² Sobre el tema, F. LÓPEZ: *Juan Pablo Forner y la crisis de la conciencia española en el siglo XVIII*, Valladolid 1999, pp. 343 y ss. No fue el único, A. MESTRE SANCHÍS: *Apología y crítica de España en el siglo XVIII*, Madrid 2003, “Estudio introductorio”, pp. 15–43; J. A. MARAVALL: “El sentimiento de nación en el siglo XVIII: la obra de Forner”, en sus *Estudios de la historia del pensamiento español...*, *op. cit.*, pp. 42–60.

³³ *Cartas de un español residente en París a su hermano residente en Madrid sobre la Oración apologética por España y su mérito literario de D. Juan Pablo Forner*, Madrid 1788.

³⁴ A. MESTRE SANCHÍS: *Apología y crítica de España...*, *op. cit.*, pp. 16–25; A. GALLERANI: *Jesuitas expulsos de España, literatos en Italia*, Salamanca 1897; M. BATLLORI: *La cultura hispano-italiana de los jesuitas expulsos*, *op. cit.*, pp. 71–92.

Carlos Denina, en la sesión del 26 de enero de 1786 de la Academia de Berlín, también contestó a la pregunta de la *Enciclopedia* ³⁵. No obstante, la respuesta no fue unánime por parte de todos los españoles; es más, a partir de entonces, cada vez que un español se erigía en defensor del país, se alzaban algunos compatriotas en su contra. Durante el siglo XVIII, tanto apologistas como críticos tuvieron la conciencia del atraso cultural de España con respecto a Europa ³⁶, por eso, lo propio del buen patriota era, según Iriarte (1750-1751):

alabar lo bueno que ha habido o que se establece en la nación y predicar sobre lo que nos falta es el carácter de un patriota celoso. El que blasona de lo que la nación nunca ha tenido, ni en el día puede decir que tiene, es el mal patriota ³⁷.

Cañuelo, editor de *El Censor*, encontró en la polémica materia para atacar las instituciones de la Monarquía ³⁸. Al debate se sumaron otros conocidos literatos de la época, tales como Iriarte, Samaniego o Nifo ³⁹.

Este incipiente nacionalismo llevó a compararse con el resto de las monarquías europeas y a considerar la evolución cultural y el nivel en que se encontraban con respecto a ellas, lo que motivó buscar las causas de esta situación y, por consiguiente, identificar los elementos de dicha evolución ⁴⁰. La aparición de la razón como elemento universal de juicio y la separación entre política y religión llevaron a poner en el catolicismo la causa de ese atraso y, por consiguiente, a la dinastía de los Austrias como culpable por haber llevado a cabo el proceso de implantación de dicha confesión, especialmente en el reinado de Felipe IV, época

³⁵ *Réponse à la question: "Que doit-on à l'Espagne?". Discours à la Academie de Berlin dans l'assemblée publique du 26 Janvier l'an 1786 pour le jour anniversaire du Roi, par M. l'Abbé Denina.* Fue reimpresso por J. P. FORNER: *Oración Apologética por la España y su mérito literario...*, *op. cit.*

³⁶ A. MESTRE SANCHÍS: *Apología y crítica de España...*, *op. cit.*, p. 47.

³⁷ E. COTARELO Y MORI: *Iriarte y su época*, Madrid 1897, p. 327. Sobre la actitud crítica hacia la historia, J. ÁLVAREZ BARRIENTOS y A. MESTRE SANCHÍS: "La nueva mentalidad científica", *op. cit.*, pp. 45-137.

³⁸ J. PARDO TOMÁS: *Ciencia y censura. La Inquisición española y los libros científicos en los siglos XVI y XVII*, Madrid 1991, p. 6.

³⁹ E. y E. GARCÍA CAMARERO: *La polémica de la ciencia española*, Madrid 1970, p. 9.

⁴⁰ Sobre el tema, me remito a la colección de artículos de A. MESTRE SANCHÍS: *Apología y crítica de España...*, *op. cit.*, y a M. MORENO ALONSO: "El sentimiento nacionalista en la historiografía española del siglo XIX", en *Nation et nationalités en Espagne / Nación y nacionalidades en España*, París 1985, pp. 63-97.

en que la “filosofía moderna” se había extendido en Europa. De hecho, Forner ya se había preguntado si la teología y la moral (católicas) habían sido un obstáculo para el desarrollo de la ciencia en España ⁴¹. Pérez Bayer (1711-1794) dirigió a Carlos III un memorial *Por la libertad de la literatura española*, asegurándole que, tras 1635, solo se habían publicado libros de religión y vida de santos en España, “de suerte que parece que desde aquella hora se cortaron enteramente las fuerzas y nervios de la literatura española” ⁴². Por su parte, el abate Marchena predicaba la renovación de régimen político, que estaba vinculado estrechamente con la religión:

Un solo medio os queda, Españoles, para destruir el despotismo religioso, este es la convocatoria de vuestras Cortes. No perdáis un momento, sea Cortes, Cortes, el clamor universal ⁴³.

Mientras que Manuel José Quintana (1772-1857) atribuía la decadencia de España a la religión, cuya práctica había provocado la ausencia de industria ⁴⁴. Eran ideas muy semejantes las que defendía Sempere y Guarinos (1754-1830) al abordar el estudio sobre la decadencia de la Monarquía hispana con un espíritu científico, utilizando –según su expresión– el método de las ciencias de la naturaleza ⁴⁵. Para Sempere la causa de la decadencia fue el mal gobierno; es cierto que no tenía una visión pesimista de la dinastía de los Austrias, pues ensalzaba a Carlos V y sobre todo a Felipe II, pero no dudaba de que la decadencia había venido por el mal gobierno de Felipe III, quien había sido un rey tan religioso que le había llevado a desatender las cuestiones económicas denunciadas reiteradamente por los *arbitristas*, y la continuidad de esta tendencia por su hijo Felipe IV.

⁴¹ F. LÓPEZ: *Juan Pablo Forner...*, *op. cit.*, pp. 384-387.

⁴² F. PÉREZ BAYER: *Por la libertad de la literatura española*, edición de A. Mestre Sanchís, Alicante 1991; J. C. MAINER: “La invención de la literatura española”, en J. M. ENGUITA y J. C. MAINER (eds.): *Literaturas regionales en España. Historia y crítica*, Zaragoza 1994, p. 27.

⁴³ Citado en M. MENÉNDEZ PELAYO: “Estudio crítico-biográfico” a las *Obras literarias de D. José Marchena*, Sevilla 1896, vol. II, p. XLI; ABATE MARCHENA: *Obra en Prosa*, Madrid 1985, pp. 159-164, “A la nación española”.

⁴⁴ M. J. QUINTANA: *Obras completas*, Madrid 1852, pp. 35-39 (*BAE*, XIX). Sobre las ideas del personaje, A. DEROZIER: *Manuel Josef Quintana et la naissance du libéralisme en Espagne*, París 1968.

⁴⁵ J. SEMPERE Y GUARINOS: *Considérations sur les causes de la grandeur et de la décadence de la Monarchie espagnole*, París 1826, p. 29. Sobre el contexto en que escribe esta obra Sempere, véase J. RAYMES: *Españoles en París en la época Romántica, 1808-1848*, Madrid 2008, pp. 146-147.

En resumen, durante el siglo XVIII, todos los ilustrados tuvieron conciencia del atraso que existía en España⁴⁶; ahora bien, no era solo en los aspectos económicos y militares, sino sobre todo en los culturales, aunque las causas que la habían provocado eran las mismas: la dinastía de los Austria y su defensa de la religión católica, que en el reinado de Felipe IV había llegado a su punto más bajo.

1.3. *EL CONCEPTO DE DECADENCIA DURANTE EL SIGLO XIX (1812-1875):
LA FALTA DE LIBERTAD*

El siglo XIX constituye un enfrentamiento persistente entre el afán secularizador del liberalismo emergente y la autoridad jerárquica de la Iglesia católica. La nación y la libertad fueron los elementos del pensamiento liberal y fueron los que construyeron la evolución histórica⁴⁷. Junto a ello, la obsesión de los historiadores liberales fue la unidad de España frente a las tendencias autonomistas. La invasión árabe desnaturalizó España, rompiendo la unidad adquirida con los visigodos; por consiguiente era necesario construir la “Reconquista”⁴⁸. En el ánimo de Colmeiro, Castilla había sido el paradigma inconcluso de la unidad española. En su contribución a la *Historia General de España*, dirigida por Cánovas del Castillo, en el volumen dedicado a los reyes cristianos (siglos XII-XIV), Colmeiro hizo un análisis en el que se observa que la unidad nacional constituía la problemática general de la obra⁴⁹.

Ciertamente, los liberales españoles, a diferencia de los revolucionarios franceses, eran católicos; no es fruto del azar que la unidad católica fuese proclamada en todas las Constituciones hasta 1869; sin embargo, los intentos de los liberales de construir un Estado moderno, con la benevolencia de la Iglesia, no se consiguió.

La nostalgia de los tiempos pasados (unión del trono y el altar) y su decidida voluntad de mantener los privilegios que había gozado durante el Antiguo

⁴⁶ J. MARÍAS: *La España posible en tiempos de Carlos III*, Madrid 1966; F. SÁNCHEZ-BLANCO: *Europa y el pensamiento español del siglo XVIII*, Madrid 1991.

⁴⁷ B. PELLISTRANDI: “El papel de Castilla en la historia nacional según los historiadores del siglo XIX”, en A. MORALES MOYA y E. DE VEGA (coords.): *¿Alma de España? Castilla en las interpretaciones...*, op. cit., p. 59.

⁴⁸ Esta interpretación se hace clara con A. CAVANILLES: *Historia de España...*, op. cit., vol. I, pp. 422-424.

⁴⁹ M. COLMEIRO: *Reyes cristianos*, en *Historia general de España, escrita por individuos de número de la RAH bajo la dirección de A. Cánovas del Castillo*, Madrid 1892.

Régimen hacían que la Iglesia se resistiese a todo proyecto liberal. De ahí que durante esta época (y especialmente entre 1833-1843) la pugna fuese brutal. Ante los ataques que padeció, la Iglesia española volvió sus ojos a Roma pidiendo protección frente al Estado liberal, por lo que el vaticanismo de la Iglesia española fue una de sus características propias, que, sin duda, influyó en la interpretación de la evolución de la Historia de España y, de manera especial, en la explicación de su “decadencia”. Los liberales pensaban que, cuando España comenzó a configurarse como nación, la religión y la dinastía que la había mantenido (Habsburgo) habían sido los causantes del retraso que las elites más activas de la nueva nación constataban en relación con otras naciones europeas. Ahora bien, la religión era tomada como falta de libertad y más concretamente se esgrimía la Inquisición como instrumento de represión que la Iglesia utilizó, con el apoyo de los monarcas, para cercenar cualquier idea nueva o renovación científica que hubiera habido. Tanto la Iglesia como la Monarquía, que la sostuvo, no solo reprimieron la cultura, sino también —en opinión del espíritu liberal— la libertades políticas del pueblo.

La crítica a las libertades políticas e ideológicas se centró en la actuación de la dinastía de los Austria, cuyos monarcas suprimieron las libertades de los pueblos (en este sentido, la Comunidades sirvieron de ejemplo durante todo el siglo XIX⁵⁰) e impusieron la intransigencia ideológica a través de la Inquisición. En la ciudad de Cádiz, no solo se escribieron excelentes tratados sobre la jurisdicción de la institución⁵¹ y los diputados a Cortes realizaron sesudos discursos demostrando la incompatibilidad de dicha institución con el régimen político que se quería implantar, sino que además comenzaron a escribirse novelas en las que tanto el Santo Oficio como la actividad de sus ministros y oficiales eran satirizados; este tipo de literatura se ha denominado “anticlerical”⁵². *Cornelia Baroquia o la víctima de la Inquisición* (escrita en 1799-1800), se puede considerar la primera manifestación de este tipo de novela y en 1812 ya llevaba cinco ediciones. Es una novela epistolar, escrita en oposición al *Evangelio en triunfo* de Pablo de Olavide⁵³, a la que

⁵⁰ P. SÁINZ Y RODRÍGUEZ: *La evolución de las ideas sobre la decadencia española*, Madrid 1925, p. 33.

⁵¹ A. PUIGBLANCH: *La Inquisición sin máscara*, Barcelona 1985 [reed.].

⁵² J. I. FERRERAS: *Los orígenes de la novela decimonónica (1800-1830)*, Madrid 1973, pp. 265-266. Sobre obras contra la Inquisición de la primera mitad del siglo XIX, G. DUFOUR: “Eclesiásticos adversarios de la Inquisición al final del Antiguo Régimen”, en A. PRADO MOURA (coord.): *Inquisición y Sociedad*, Valladolid 1999, pp. 157-191.

⁵³ V. LLORENS: *Liberales y Románticos. Una emigración española en Inglaterra (1823-1834)*, Madrid 1968; M. DEFOURNEAUX: *Pablo de Olavide. El afrancesado*, Sevilla 1990, pp.

siguieron otras durante la primera mitad del siglo XIX que utilizaban la Inquisición para denigrar a la Iglesia⁵⁴.

Con todo, la idea de decadencia que difundieron las Cortes de Cádiz y su entorno fue la falta de las libertades y de organización institucional del Estado que llevaron a cabo los reyes de la casa de Austria⁵⁵. Desde Martínez Marina se acusó a Carlos V de suprimir las libertades castellanas tras la derrota de los comuneros⁵⁶ y su hijo, Felipe II, las libertades en Aragón tras la ejecución del Justicia del Reino. Para Martínez Marina, en los godos se fundamentaba la historia de España, fueron ellos los que “echaron los cimientos de una nueva Monarquía”⁵⁷; sin embargo, a la hora de analizar el siglo XVI, era muy severo, pues le atribuía las características del estado absolutista y la pérdida de libertades. Nuestro autor concebía la soberanía en la nación (cada individuo “tiene acción al ejercicio de la soberanía”) y defendía la división de poderes. Consideraba las Cortes como uno “de los monumentos de la soberanía del pueblo”⁵⁸.

Desde las Cortes de Cádiz se afirmaba que el período de grandeza se dio en el reinado de los Reyes Católicos y se perdió todo en cuanto se estableció la Inquisición. Esta interpretación fue recogida por A. Duverine, cuyas opiniones se vieron respaldadas, en 1840, con la traducción de su libro, en el que acusaba a la casa de Austria de ser una dinastía extranjera, de haber seguido una política religiosa intransigente, de haber suprimido las libertades medievales y de haber mantenido la intolerancia cultural a través de la Inquisición, lo que había provocado el

343-358; G. DUFOUR: “Introducción” de *Cornelia Barorquia o La víctima de la Inquisición*, Alicante 1987.

⁵⁴ Otras novelas anticlericales, J. PASTOR DE LA ROCA: *La Cruz y la Calavera, o los subterráneos de la Inquisición*, Alicante 1849; J. M. NIN: *Secretos de la Inquisición*, Barcelona 1855 (ejemplar en la Biblioteca Central de Barcelona); R. ORTEGA Y FRÍAS: *El siglo de las Tinieblas o Memorias de un Inquisidor. Novela histórica original*, Madrid 1868, 2 vols.; F. L. PARREÑO: *La Inquisición, el Rey y el Nuevo Mundo. Novela histórica*, Madrid 1862-1863, 2 vols.

⁵⁵ B. PELLISTRANDI: *Un discours national? La Real Academia de la Historia entre science et politique (1847-1897)*, Madrid 2004, cap. 1º.

⁵⁶ “Desde el día en que los liberales del siglo XIX reconocieron como precedente suyo el movimiento de las Comunidades, casi todos los libros que se ocupan de la decadencia española señalan como el período de máxima prosperidad y grandeza el reinado de los Reyes Católicos” (P. SÁINZ RODRÍGUEZ: *La evolución de las ideas...*, *op. cit.*, p. 83).

⁵⁷ F. MARTÍNEZ MARINA: *Discurso sobre el origen de la Monarquía y sobre la naturaleza del gobierno español*, introducción de J. A. Maravall, Madrid 1988, p. 29.

⁵⁸ *Ibidem*, p. 162.

ahogo cultural español⁵⁹. En consonancia con estos planteamientos, algunos historiadores trataron de recuperar las minorías no católicas (judíos, moriscos, protestantes) como sectores sociales que los gobernantes católicos habían segregado injustamente de la sociedad hispana. Así, José Amador de los Ríos (1818-1878) escribió una historia de los judíos (1848), insistiendo en que en torno a ellos crecieron en España los gérmenes de la civilización burguesa y en los avatares de este grupo descubría los avances y retrocesos de la actividad económica y mercantil o intelectual⁶⁰. Los judíos eran analizados desde una doble perspectiva: desde lo que hicieron en el interior de España y lo que sufrieron sus descendientes expulsados en 1492. En la visión de Amador de los Ríos, la expulsión significó la desaparición del elemento más dinámico de nuestra civilización, sobre todo desde el punto de vista económico; en otras palabras, el vigor de la nación española fue estrangulado por los Austrias y la Inquisición española⁶¹. Pocos años después, el mismo autor escribía una *Historia crítica de la literatura española*, en cuyo prólogo —dedicado a Isabel II— señalaba que en “ésta se revelan vivamente los grandes conflictos de la patria” y que su trabajo estaba movido por el patriotismo⁶². La misma actitud se mantuvo con los moriscos, cuyos estudios fueron promovidos por Amador de los Ríos y otros académicos de la Historia, quienes organizaron una serie de concursos para que los eruditos preocupados por la historia realizasen estudios sobre dicha minoría. Fruto de estos fue la obra de Florencio Janer (1831-1877)⁶³. No fue

⁵⁹ A. DUVERINE: *Cuadro histórico de los abusos y espíritu de reforma política en España*, Madrid 1840.

⁶⁰ Antes, en 1847, Adolfo DE CASTRO Y ROSI había publicado *Historia de los judíos en España desde los tiempos remotos de su establecimiento hasta principios del presente siglo*, Cádiz 1847, destacando la injusticia de su expulsión realizada por una Monarquía. Para entender al personaje, Y. VALLEJO MÁRQUEZ: *Adolfo de Castro (1823-1898). Su tiempo, su vida y su obra*, Cádiz 1999, y M. RAVINA MARTÍN: *Bibliófilo y erudito. Vida y obra de Adolfo de Castro (1823-1898)*, Cádiz 1999.

⁶¹ J. AMADOR DE LOS RÍOS: *Estudios históricos, políticos y literarios sobre los judíos en España*, Madrid 1848. Después publicó *Historia social, política y religiosa de los judíos en España y Portugal*, Madrid 1876, 3 vols., mucho más completa. Acerca de la significación de su primera obra, R. LÓPEZ VELA: “Judíos, fanatismo y decadencia. Amador de los Ríos y la interpretación de la Historia Nacional en 1848”, *Manuscripts* 17 (1999), pp. 69-95.

⁶² J. AMADOR DE LOS RÍOS: *Historia crítica de la literatura española*, Madrid 1861, 7 vols.

⁶³ F. JANER: *Condición social de los moriscos de España: causas de su expulsión y consecuencias que ésta produjo en el orden económico y social*, Madrid 1857 [reed. Barcelona 1987]. Sobre el tema, R. BENÍTEZ SÁNCHEZ-BLANCO: “Estudio preliminar” a H. C. LEA: *Los moriscos españoles. Su conversión y expulsión*, Alicante 1990, pp. 30 y ss.

el único historiador que abordó tan espinoso tema; junto a su obra, aparecieron toda una constelación de estudios que reflejaban claramente el paradigma liberal: los moriscos habían sido víctimas de un austracismo absolutista e intransigente, cuya expulsión perjudicó gravemente la maltrecha economía de la nación española⁶⁴. No fue menor el interés que los liberales mostraron por los protestantes españoles procesados por el Santo Oficio. Adolfo de Castro y Rossi (1823-1898) redactaba una *Historia sobre los protestantes españoles* (1851) en el más puro esquema liberal⁶⁵. Al año siguiente, escribía una pequeña obra, con título bien expresivo⁶⁶, en la que pretendía desvelar las causas de la decadencia de España. Para el autor gaditano no había duda que la Iglesia católica había sido la causante de la decadencia. En buena lógica, con su idea de que el catolicismo había sido el causante de todo lo malo que había sucedido en la Historia de España, Castro no dudaba de rechazar a los Reyes Católicos como los más grandes monarcas hispanos (lo que era defendido por los historiadores liberales⁶⁷, por considerar que habían conseguido la unión de los reinos) y sorprendentemente, no dudaba en afirmar que el gran rey de Castilla había sido Enrique IV, “Más amigo de regir los ánimos con la dulzura que por la violencia”, quien tuvo que padecer la “sublevación de los eclesiásticos”⁶⁸. Con todo, el autor que mayor esfuerzo y más extensa obra dejó para introducir en la Historia de España a los protestantes, fue Luis Usoz y Río (1805-1865), quien a mitad del siglo XIX iniciaba una colección en la que

⁶⁴ Entre los principales autores que escribieron sobre el tema, V. BOIX: *Historia de la ciudad y reino de Valencia*, Valencia 1845; J. MUÑOZ Y GAVIRIA: *Historia del alzamiento de los moriscos, su expulsión de España y sus consecuencias en todas las provincias del reino*, Madrid 1861 [reed. Valencia 1980], y M. DANVILA Y COLLADO: *La expulsión de los moriscos españoles. Conferencias pronunciadas en el Ateneo de Madrid*, Madrid 1889. Sobre el tema, R. GARCÍA CÁRCCEL: “La historiografía sobre los moriscos españoles”, *Estudis* 6 (1977), pp. 71-99. Sobre el tema morisco en la literatura española del siglo XIX, M. S. CARRASCO URGOITI: *El moro de Granada en la literatura*, Madrid 1956, pp. 225 y ss. [ed. facsímil, Granada 1989].

⁶⁵ A. CASTRO Y ROSSI: *Historia de los protestantes españoles y de su persecución por Felipe II*, Madrid 1851; R. LÓPEZ VELA: “Inquisición, protestantes y Felipe II en 1851. Adolfo de Castro y la Historia Nacional como leyenda negra”, *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo* 13 (2005), pp. 171-199.

⁶⁶ A. CASTRO Y ROSSI: *Examen filosófico sobre las principales causas de la decadencia*, Cádiz 1852.

⁶⁷ J. ÁLVAREZ JUNCO: “Identidad heredada y construcción nacional. Algunas propuestas sobre el caso español, del Antiguo Régimen a la Revolución Liberal”, *Historia y Política* 2 (1999), pp. 123-145.

⁶⁸ A. CASTRO Y ROSSI: *Examen filosófico...*, *op. cit.*, p. 8.

publicaba las obras que escribieron o los procesos que experimentaron los protestantes españoles del siglo XVI bajo el título *Reformistas Españoles* ⁶⁹.

Esta polémica inició la articulación de la Historia de la nación y el nuevo Estado tomó conciencia de hacer su evolución histórica, lo que también le daba legitimidad. Resulta evidente que hasta las décadas centrales del siglo XIX, cuando se estableció la sociedad liberal, los conceptos de “literatura española” o “historia de España” comenzaron a llenarse de contenidos y articularse en su evolución temporal. Fue a partir de entonces cuando el Estado y sus elites se “hicieron historiadores” y a promocionar multitud de proyectos culturales con el patrocinio del gobierno ⁷⁰. No resulta fácil trazar los pasos que siguió el proceso de legitimación e institucionalización de la cultura liberal burguesa; no obstante, se puede afirmar que comenzó con la creación del Ateneo de Madrid, institución cultural por excelencia del liberalismo ⁷¹. Pocos años después, en el reinado de Isabel II, nuevas instituciones vinieron a ocupar los espacios generados por los nuevos saberes: las Academias. De esta manera, junto a los Ateneos, las Academias (Lengua, Historia, Ciencias Morales y Políticas...), patrocinadas por el Estado, marcaron el camino a seguir en la oficialización de los saberes (en nuestro caso) históricos. La ley de Instrucción pública del ministro Moyano, de 9 de septiembre 1857, “significó el corolario de la primera fase de institucionalización académica de la historiografía liberal” ⁷².

El gobierno moderado —que gobernó durante de 1843 a 1854— era celosamente centralista y su gran obsesión era implantar una administración eficaz, racional y centralizadora, que no siempre consiguió ⁷³; sin embargo, este espíritu fue

⁶⁹ Sobre el personaje y su labor, M. MENÉNDEZ PELAYO: *Historia de los heterodoxos españoles*, Madrid 1967, vol. II, pp. 900-905; D. RICARD: “Notas para una biografía de Luis Usoz y Río”, *Studia Albornotiana* 13 (1973), pp. 436-532.

⁷⁰ I. PEIRÓ MARTÍN: “El espíritu del siglo: el academicismo en el proceso de formación histórica de la cultura liberal española”, en M. SUÁREZ CORTINA (coord.): *La cultura española en la Restauración*, Santander 1999, pp. 64-66.

⁷¹ El discurso de inauguración, a cargo del duque de Rivas, fue pronunciado el 6 de diciembre de 1835 (A. GARRORENA MORALES: *El Ateneo de Madrid y la teoría de la Monarquía liberal, 1836-1847*, Madrid 1974, pp. 31-35). Los orígenes del Ateneo son descritos por R. MESONERO ROMANOS: *Memorias de un setentón, natural y vecino de Madrid*, Madrid 1980, pp. 429-444, y R. M. LABRA: *El Ateneo de Madrid, 1835-1905. Notas históricas*, Madrid 1906.

⁷² I. PEIRÓ MARTÍN: “El espíritu del siglo:...”, *op. cit.*, p. 68; B. PELLISTRANDI: *Un discours national?...*, *op. cit.*, pp. 95-110.

⁷³ E. TERRÓN: *Sociedad e ideología en los orígenes de la España Contemporánea*, Barcelona 1969, p. 126.

el que movió la interpretación histórica de las *Historias Generales*⁷⁴, que se escribieron en los años centrales del siglo XIX y suplantaron a la *Historia de España* del padre Juan de Mariana, que era la más leída hasta esas fechas. Tal tipo de *Historias*, al decir del profesor Jover Zamora⁷⁵, constituyeron una “especie de Biblia secularizada” en las que se instruían las clases medias, aunque la más famosa, tal vez, haya sido la obra de Modesto Lafuente, en la que ya aparecían las características que los liberales querían enseñar al pueblo español como factores esenciales que habían constituido la nación: la soberanía nacional, la unidad legislativa y política, la unidad religiosa y la identidad nacional⁷⁶. Muchos otros autores intentaron hacer lo mismo, incluso, antes que el célebre historiador, como Eugenio Tapia, Gonzalo Morón, Juan Cortada, Cavanilles, etc.⁷⁷. Todas estas “*Historias Generales*” ponían el acento de la decadencia de la Monarquía en la corrupción de la administración en el siglo XVII, en las derrotas militares de sus ejércitos (en defensa de la religión) y, económicamente, en los altos impuestos que conllevaban las guerras.

En el *Bosquejo Histórico* de Martínez de la Rosa, Felipe II fue el causante de los males de España:

Felipe II fue el que realmente decidió la suerte de España; el carácter de este príncipe, su política sesgada y cautelosa, el odio que profesaba a la libertad bajo cualquier aspecto que se presentase, y el empeño de entrometerse en los asuntos domésticos de otras naciones, para extender por todas vías su dominación o su influjo, fueron las causas de que se malograsen las esperanzas que ofrecían a España el más próspero porvenir⁷⁸.

⁷⁴ I. PEIRÓ MARTÍN Y G. PASAMAR ALZURIA: “La vía española hacia la profesionalización historiográfica”, *Studium. Geografía, Historia, Arte y Filosofía* 3 (1991), pp. 138-140; G. PASAMAR ALZURIA: “La configuración de la imagen de la ‘decadencia española’...”, *op. cit.*, pp. 186-187.

⁷⁵ J. M. JOVER ZAMORA: “Caracteres del nacionalismo español, 1834-1874”, *Zona Abierta* 31 (1984), pp. 4-10.

⁷⁶ P. CIRUJANO MARÍN, T. ELORRIAGA PLANES Y J. S. PÉREZ GARZÓN: *Historiografía y nacionalismo español (1834-1868)*, Madrid 1985, pp. 80-83; J. S. PÉREZ GARZÓN: “Nación española y revolución liberal: la perspectiva historiográfica de los coetáneos”, en C. FORCADELL e I. PEIRÓ (coords.): *Lecturas de la Historia*, Zaragoza 2001, pp. 23-54. Sobre la interpretación de la Historia de España que hace Modesto Lafuente, véase R. LÓPEZ VELA: “De Numancia a Zaragoza. La construcción del pasado...”, *op. cit.*, pp. 195-298.

⁷⁷ Algunos ejemplos de *Historias Generales de España* son E. CHAO: *Historia del levantamiento, guerra y revolución y la historia de nuestros días*, Madrid 1848-1851, 5 vols. (continuador de la obra del padre Mariana); A. CAVANILLES: *Historia de España...*, *op. cit.*; M. LAFUENTE Y ZAMALLOA: *Historia General de España...*, *op. cit.*, etc.

⁷⁸ F. MARTÍNEZ DE LA ROSA: *Obras...*, *op. cit.*, p. 180.

Por su parte, a Modesto Lafuente lo que le interesaba, más que el acontecimiento, era marcar la filosofía, la esencia de la nación; ésta era obra de la Providencia. Para los historiadores del siglo XIX, el reinado de los Reyes Católicos constituyó el nacimiento de España como nación con unas mismas creencias, unas mismas señas de identidad y con unas instituciones que gobernaban a todos. Para Modesto Lafuente representaron el lugar central de todos los monarcas de España, describió de manera encomiástica la “prodigiosa actividad” de estos monarcas, exaltando especialmente la actividad de Isabel, al mismo tiempo que atribuye al reino de Castilla un papel esencial en la formación de la Monarquía⁷⁹. Al enfrentarse al tema de la Inquisición, advierte:

Una negra nube aparece, no obstante, en el horizonte español, que viene a sombrear este halagüeño cuadro [se refiere al que ofrecía España bajo el reinado de los Reyes Católicos]. En el reinado de la piedad se levanta el tribunal de la sangre. Se establece la Inquisición y comienzan los horribles autos de fe [...] los monarcas españoles que se sucedan, se servirán grandemente de este instrumento de tiranía que encontrarán erigido y el fanatismo retrasará la civilización por largas edades.

Para Lafuente, el catolicismo y la Iglesia vertebraban la nacionalidad española; era una de sus señas de identidad más notables desde los tiempos de los visigodos; ahora bien, la Inquisición constituyó un obstáculo para que España no siguiera los derroteros de otras naciones europeas⁸⁰.

Lafuente calificaba el reinado de Felipe IV (junto con su valido el conde duque de Olivares) como el de la decadencia de España: “empeñados en engrandecer la casa de Austria, arruinaron España”. Las numerosas guerras agravaron la situación económica y llevaron a que el rey tuviera que solicitar servicios a las Cortes e imponer una cantidad ingente de tributos, lo que llevó a la sublevación de muchos reinos.

No obstante, en esta época, el predominio de la teología y jurisprudencia aún las hacían como ciencias de mayor consideración, como afirmaba Gil de Zárate: “La iglesia y el foro eran las únicas carreras que merecían estimación, mirándose con desprecio cuanto no se dirigía exclusivamente a ellas”⁸¹. La teología era la ciencia dominante y la que imprimía carácter a todas las ciencias; por tanto,

⁷⁹ M. ESTEBAN DE VEGA: “Castilla y España en la *Historia General* de Modesto Lafuente”, en A. MORALES MOYA y E. DE VEGA (coords.): *¿Alma de España? Castilla en las interpretaciones...*, *op. cit.*, pp. 99-100.

⁸⁰ R. LÓPEZ VELA: “De Numancia a Zaragoza. La construcción del pasado...”, *op. cit.*

⁸¹ Citado por E. TERRÓN: *Sociedad e ideología...*, *op. cit.*, p. 147.

resulta lógico que muchos historiadores vieran en la religión la causa de la decadencia de España. Morayta, en su *Historia General de España*, acusaba directamente a la religiosidad de Felipe II y a la Inquisición como los causantes de la decadencia, identificando el catolicismo del Rey Prudente con el de su nieto Felipe IV⁸². Ortega y Rubio se expresaban en términos análogos:

No heredó Felipe II los arrebatos belicosos de su padre; pero sí el odio a los protestantes, que fueron perseguidos en el reinado de Felipe con más encono y con crueldad mayor que lo habían sido bajo el poder de Carlos. El anhelo de dominación fue tan poderoso en Felipe II, que persiguió constantemente el ideal absurdo y fuer de absurdo irrealizable, de que todos los hombres pensarán como él⁸³.

Para Rubio, el planteamiento de la Monarquía hispana era completamente nacionalista como correspondía al período de la Restauración: partía de las Comunidades de Castilla para demostrar la decadencia de España: “Véamos cómo se prepara este gran acontecimiento de Las Comunidades que son como el despertar del pueblo español a las democracias modernas”⁸⁴.

No obstante, la interpretación de la Historia de España que surgió en torno a la revolución de 1868 desde los círculos del Partido Democrático e ideologías más radicales, por lo general, emanadas del pensamiento político, obedecían a planteamientos cuyos fundamentos axiomáticos eran opuestos y, por consiguiente, se deducían sistemas políticos y culturales completamente distintos. Así lo percibieron, al menos, el grupo de católicos integristas o *neo-católicos*, como se les denominó⁸⁵, quienes respondieron con prontitud. El profesor de instituto de Granada, Ortí i Lara, impugnaba el discurso de Sanz del Río (pronunciado en 1857) en un artículo publicado en la revista *La Alhambra*. Sanz del Río, basándose en Krause, exaltaba el papel de la razón como salvadora de la libertad y el progreso de la humanidad hacia una tercera edad más armónica. Ortí i Lara, por su parte, ponía en guardia a los católicos de ciertas aseveraciones

⁸² *Historia de España*, lib. XXV, cap. IV. Al respecto véase la “introducción” de J. S. PÉREZ GARZÓN a la obra de M. LAFUENTE Y ZAMALLOA: *Historia General de España. Discurso preliminar*, Pamplona 1993.

⁸³ *Historia de España*, IV.

⁸⁴ *Discursos Académicos de Juan Ortega Rubio*, Valladolid 1887 (2ª ed.), p. 5.

⁸⁵ Sobre los orígenes del neo-catolicismo, B. URIGÜEN: *Orígenes y evolución de la derecha española: el neo-catolicismo*, Madrid 1986, pp. 77 y ss y 105 ss.; P. C. GONZÁLEZ CUEVAS: *Historia de las derechas españolas. De la Ilustración a nuestros días*, Madrid 2000, pp. 126-128; M. M. CAMPOMAR FORNIELLES: *La cuestión religiosa en la Restauración. Historia de los Heterodoxos Españoles*, Santander 1984, pp. 15-73.

contenidas en el discurso⁸⁶. La actitud de los “neos” estaba en consonancia con la lucha que el Pontífice llevaba a cabo contra el liberalismo en Europa (*Syllabus*), lo que impidió que un catolicismo liberal (que venía desde el siglo XVIII) arraigase en España⁸⁷.

La influencia que los *neos* venían ejerciendo, desde 1860, en las esferas del poder quedó de manifiesto en la decisiva intervención que tuvieron en la primera cuestión universitaria de 1864. Ellos promovieron lo que fue llamado “el lamentable estado de la enseñanza pública” y sobre el “contagio” que algunos profesores universitarios habían sufrido de Krause. Si en 1857 los *neos* habían fracasado en su intento de modificar el proyecto de ley de instrucción pública presentado por Claudio Moyano, en 1864 lograron que varios profesores universitarios fueran desposeídos de sus cátedras y que el gobierno modificase algunos aspectos de la controvertida ley⁸⁸. La situación duró seis años y los profesores perjudicados fundaron *La Institución Libre de Enseñanza*⁸⁹. En el campo de la interpretación histórica y cultural, el enfrentamiento se tradujo en una agria y larga polémica sobre la ciencia en España en la que se discutía el papel que había jugado la religión católica en ello⁹⁰.

⁸⁶ El enfrentamiento entre Sanz del Río y los *neos* es descrito con gran precisión, entre otros, por A. JIMÉNEZ LANDI: *La Institución Libre de Enseñanza y su ambiente*, Madrid 1973, I. Ortí i Lara escribió sus comentarios en *La Esperanza* y Sanz del Río los calificó de injuriosos. De nada sirvieron las mediaciones del rector de la Universidad de Granada (Juan Nepomuceno Torres) para que Ortí i Lara rectificase, pues él se reafirmó en lo que había escrito; bien es cierto que Ortí envió una colección de sus trabajos a Sanz del Río y una carta donde le aseguraba que solo le había movido en su réplica “el celo por la buena doctrina que considero lastimada en su discurso” [*Sanz del Río (1814-1869). Apunte biográfico por F. Giner de los Ríos. Documentos, diarios y epistolario preparados con una introducción de Paulino Azcárate*, Madrid 1969, p. 397].

⁸⁷ Así opina J. L. LÓPEZ ARANGUREN: *Moral y sociedad*, Madrid 1966, pp. 177 y ss.; J. A. MARAVALL: “Sobre los orígenes y el sentido del catolicismo liberal en España”, en *Homenaje a Aranguren*, Madrid 1971, pp. 241 y ss.; V. LLORENS: *Liberales y Románticos...*, op. cit., pp. 200 y ss.; F. SARDÁ Y SALVANY: *El liberalismo es pecado*, Barcelona 1884, libro en el que se formula una catequética antiliberal al servicio del catolicismo integrista.

⁸⁸ B. URIGÜEN: *Orígenes y evolución de la derecha española...*, op. cit., pp. 189-200; A. OLLERO TASSARA: *Universidad y política. Tradición y secularización en el siglo XIX*, Madrid 1972, pp. 34 y ss.

⁸⁹ V. CACHO VIU: *La Institución Libre de Enseñanza*, Madrid 1962, y J. L. ABELLÁN: *Historia crítica del pensamiento español*, Madrid 1979, vol. v, pp. 146-175.

⁹⁰ Parte de estos artículos fueron publicados en *La Ciencia Española* de M. MENÉNDEZ PELAYO (P. LAÍN ENTRALGO: *España como problema*, Madrid 1956, vol. I, pp. 40-90).

El triunfo revolucionario de 1868 creó una serie de condiciones favorables para la manifestación, no solo de las viejas, sino también de las nuevas tensiones que había en la sociedad española de la época. El conflicto en torno al régimen siguió teniendo los mismos protagonistas políticos: por la derecha el carlismo, que había renunciado a restaurar el Antiguo Régimen, pero se había convertido en partido confesional; por la izquierda, un republicanismo cuyo programa pretendía reformas esenciales en el sistema político. Simultáneamente, se produjo un enfrentamiento total entre la sociedad y el sistema político a través de los movimientos obreros, divididos según el tipo de acción que propugnaban para llevar a cabo la revolución. Finalmente, el surgimiento de los movimientos regionalistas, que afirmaban la composición multinacional de España frente a la concepción unitaria, vino a completar la complicada situación política del momento.

Con todo, bajo tan complicada situación política, también se debatían los principios religiosos y filosóficos que sustentaban tales planteamientos. La renovación espiritual que operó la generación de 1868 no podría explicarse sin el krausismo, ni tampoco la actualidad que concedió a un problema que en todas las manifestaciones de la vida española de aquel tiempo ocupó un lugar de extraordinaria importancia: el problema religioso. La fundación de la Institución Libre de Enseñanza, la implantación del positivismo, el desarrollo de la mentalidad científica, la aparición del primer proletariado industrial y la “polémica de la ciencia española” constituyeron distintos aspectos de la conflictividad religiosa de la época. En realidad el problema, además de científico, en el plano político se vio como una fidelidad al Estado o a la Iglesia. Evidentemente, tan profundos y radicales planteamientos afectaron a la interpretación de la historia de España, transformando en mitos nacionalistas lo que hasta entonces habían sido interpretaciones de escuelas claramente políticas.

Las posturas más radicales vinieron por parte de los republicanos, quienes defendieron la estrecha relación que existía entre la intolerancia religiosa y el hundimiento de España como nación. Por su parte, los conservadores insistían en que existía una estrecha unión entre la religión católica y las glorias de España y que la Iglesia católica ni había maldecido la ciencia, ni había sido la causa de nuestra pobreza actual⁹¹. La impronta católica fue más determinante en los sectores de la

⁹¹ “Discurso del Sr. Manterola en defensa de la unidad católica”, en J. RICO AMAT: *La unidad católica. Biografías y discursos de los diputados católicos que han tomado parte en los debates sobre la cuestión religiosa en las Cortes constituyentes de 1869*, Madrid 1869, p. 89. En esta misma línea, el diputado Cruz de Ochoa argumentaba: “Desengañemosnos, señores Diputados, aquí hicimos la Reconquista por la unidad católica o por Dios y nuestra patria; aquí adelantamos en las ciencias, en las artes, en las letras; en todo absolutamente, por nuestra religión católica, y nuestro amor a la patria nace de esa unidad”.

extrema derecha antiliberal. La ideología básica del conjunto de la extrema derecha española puede ser muy bien descrita mediante el concepto de ‘teología política’; es decir, una ideología que intenta la sistematización del hecho religioso como legitimador de la praxis política. Tradición que dio importantes pensadores como Juan Donoso Cortés, Balmes, Menéndez Pelayo o Ramiro de Maeztu.

La creación de Academias y Facultades de Ciencias y de los Institutos Geológicos y Minero y del Geográfico y Catastral durante el siglo XIX, animó la polémica de la ciencia en España. En 1851, Zarco del Valle leía su discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias, recién creada, reivindicando la ciencia patria⁹². Desde el punto de vista histórico, reivindicaba el reinado de los Reyes Católicos como el mejor: “Llegó para nosotros, y aun añadiré para las ciencias, una de las épocas más venturosas con el reinado de Isabel la Católica y Fernando V”. Pero fue sobre todo en el discurso de ingreso en la Academia de Ciencias leído por José de Echegaray (el 11 de marzo de 1866) donde se retomó el pulso a la polémica de la ciencia en España. En dicho discurso sobre “Historia de las matemáticas puras de nuestra España”, se constata la escasez de personas que se han dedicado a esta materia y –con un espíritu patriótico– terminaba con la frase esperanzadora de que “España sabrá ganar el tiempo perdido, conquistando bien pronto honroso puesto entre las naciones de Europa”. Para Echegaray, el siglo XVII es de auténtica desalación para esta materia en España:

Gran siglo, sí, para Europa el siglo XVII; mas ¿qué ha sido para nuestra España? ¿Qué descubrimiento analítico, qué verdad geométrica, qué nueva teoría lleva nombre español? ¿Quiénes los rivales de Viete, de Fermat, de Pascal, de Descartes, de Harriot, de Barrow, de Brouncker, de Wallis, de Newton, de Huygens, de Gregorio de San Vicente, de Leibniz, de los Bernouilli? Yo los busco con ansia en los anales de la ciencia y no los encuentro⁹³.

“La historia de nuestra intolerancia –afirmaba Romero Ortiz– es la historia de nuestra decadencia, de nuestra esclavitud, de nuestro envilecimiento”. Y continuaba:

Me basta recordar nuestra industria aniquilada, los talleres de Toledo desiertos, la agricultura muerta y todo lo que en este país había de grande y de generoso, desapareciendo, mientras que las muchedumbres embrutecidas acudían a llenar estos alcázares que entonces se erigían a la holganza, al resplandor de las hogueras del Santo Oficio.

⁹² Una edición fácil de consultar en E. y E. GARCÍA CAMARERO: *La polémica de la ciencia española, op. cit.*, pp. 151-160.

⁹³ *Ibidem*, p. 175.

1.4. EL CAMBIO DE IMAGEN DE LA DECADENCIA DE ESPAÑA DURANTE EL PERÍODO DE LA RESTAURACIÓN

La revolución de 1868 había supuesto el paso de tradicionalistas y neocatólicos al Carlismo cuando éste aceptó el marco legal para defender las ideas de partido ⁹⁴. Esta ampliación provocó una división: los más tolerantes, que daban importancia al principio dinástico y de partido, y los más intransigentes, que colocaban por encima de todo la doctrina de la Iglesia. La división del Carlismo proyectó sobre el catolicismo estos gérmenes de división ⁹⁵. Puede haber pocas dudas de que el Carlismo, en su persistencia a lo largo del siglo, logró convertirse no solo en uno de los ejes de la vida colectiva española, sino también en un elemento fundamental de la ideología y política de las “derechas” en España. Durante la Restauración, el Carlismo desplegó una intensa actividad política e, incluso, logró modernizar su organización como partido, pero careció de la necesaria vertebración interna, lo cual tuvo como consecuencia una serie de escisiones que repercutieron en su evolución como partido político. La primera disidencia se produjo por parte de Ramón de Nocedal, cuya doctrina se conoce como *El integrismo*. Este pensamiento llevó hasta sus últimas consecuencias el ideal teocrático, según el cual la sociedad debía de organizarse de modo universal como un todo, sin escisión entre las esferas política y religiosa; por lo tanto, no debía de existir diferencia entre Estado/Iglesia como poderes diferenciados.

El gobierno de la Restauración siempre tuvo que pactar con la Iglesia, aunque no fuera más que para ganarse la neutralidad de la jerarquía eclesiástica y, de este modo, evitar las reivindicaciones del carlismo, siempre amenazante. En este sentido, el régimen surgió de un pacto que la Constitución de 1876 sancionó, en el que la Iglesia recibía la confirmación de sus grandes privilegios, sobre todo en educación; el resultado fue el aumento del número de clérigos y colegios que se dio en España entre 1860 y 1900 e, incluso, se puede alargar hasta la Segunda República ⁹⁶. De esta manera, la religión católica sirvió como marco

⁹⁴ A. WILHELMSSEN: *La formación del pensamiento político del carlismo (1810-1875)*, Madrid 1995, pp. 419-446.

⁹⁵ C. SECO SERRANO: “Implantación y evolución de un modelo político: el Estado canovista”, en P. LAÍN ENTRALGO y C. SECO SERRANO (eds.): *España en 1898. Las claves del desastre*, Barcelona 1998, pp. 24-25.

⁹⁶ M. REVUELTA GONZÁLEZ: “La recuperación eclesiástica y el rechazo anticlerical en el cambio de siglo”, en J. L. GARCÍA DELGADO (ed.): *España entre dos siglos (1875-1931)*, Madrid 1991, pp. 213-245.

ideológico al régimen de la Restauración; es decir, —afirma el profesor Seco Serrano⁹⁷— se suplió la carencia de una ideología “moderna” (elaborada en torno a los valores del saber y de la técnica, o en otro plano, de la nación-estado) por la intensificación del recurso a la religión como sistema unificador del poder. Resulta lógico, por tanto, que la articulación de la Historia de España se proyectase desde estos puntos de vista y especialmente el tema de la “decadencia de España”, tema vital para justificar el atraso de la nación.

1.4.1. *La polémica de la ciencia*

El tema de la decadencia y el atraso de España tuvieron una primera interpretación en el episodio conocido como “la polémica de la ciencia”. En el desarrollo de esta polémica pueden distinguirse tres grandes tendencias. En primer lugar la representada por Gumersindo de Azcárate, Gaspar Núñez de Arce, Manuel de la Revilla, Nicolás Salmerón, José del Perojo y Luis Vidart; esto es, un grupo heterogéneo de autores, pues representaban al krausismo, positivismo y neokantismo. Según estos autores, la intolerancia religiosa (simbolizada en la Inquisición) había ahogado la actividad intelectual, sumiendo al país en un atraso científico y cultural con respecto a Europa. Una segunda posición estaba formada por los neotomistas Alejandro Pidal y Joaquín Fonseca, que condenaban toda actividad intelectual ajena a Santo Tomás de Aquino. Entendían que la actividad científica moderna, salvo la protagonizada por el tomismo, era una desviación de la verdad. La tercera postura correspondía a los creyentes como Menéndez Pelayo y Gumersindo Laverde (en menor grado Juan Valera y Leopoldo Alas “Clarín”). Para estos autores, la ciencia y cultura españolas nunca habían estado constreñidas por el Santo Oficio. Pese a ello, no negaban un proceso de decadencia general de nuestro país en cultura, pero independiente del catolicismo⁹⁸.

La polémica parecía una disputa intelectual entre diversas personas de distintas tendencias metodológicas. Ahora bien, sobre estas premisas, la polémica supuso un enfrentamiento entre los que deseaban la pervivencia de un modelo científico de base católica y quienes propugnaban la separación de ciencia y religión. De esta manera, tras el nivel alcanzado por España en siglos anteriores,

⁹⁷ C. SECO SERRANO: “Crisis e ideología en la Restauración”, en J. L. GARCÍA DELGADO (ed.): *España entre dos siglos...*, op. cit., p. 187.

⁹⁸ A. SANTOVEÑA SETIÉN: *Marcelino Menéndez Pelayo. Revisión critico-biográfica de un pensador católico*, Santander 1994, pp. 240-250.

lo que en realidad se discutía era la posibilidad de lograr la conciliación entre razón y credo religioso ⁹⁹.

Así, cuando los pensadores krausistas, positivistas y neokantianos denunciaban que la injerencia religiosa había ahogado nuestro pasado cultural, estaban rechazando la validez del dogma como instrumento para conseguir conocimiento. Por su parte, los neotomistas, al reiterar que la verdad solo había sido alcanzada de manera total en la Edad Media, gracias a la escolástica tomista, estaban negando la capacidad de la razón individual considerada como fuente de conocimiento. Finalmente, Méndez Pelayo y seguidores defendían que religión y ciencia eran compatibles y, por tanto, se podía llegar a un equilibrio entre fe y razón.

A pesar de las divergencias de los autores que tomaron parte en la controversia, todos compartían la creencia de que el comienzo de la Edad Contemporánea se había producido coincidiendo con una situación de atraso cultural en España. La gravedad de la situación descrita impulsó a Menéndez Pelayo a examinar los proyectos trazados por krausistas y neokantianos con objeto de subsanar el declive científico-cultural. Ambas propuestas fueron rechazadas, por lo que hubo de diseñar un modelo cultural distinto, que debía asumir dos requisitos: a) debía ajustarse al credo católico; b) debía encajar en la esencia de la tradición española. Sobre estos postulados, don Marcelino expuso un elenco de medidas culturales con las que devolver al ambiente intelectual el vigor de sus mejores tiempos ¹⁰⁰.

En la polémica de la “ciencia española” es preciso poner junto a Menéndez Pelayo a Gumersindo Laverde Ruiz, catedrático de Literatura en la Universidad de Valladolid, porque aunque apenas si tomó parte en la polémica, fue el inspirador de don Marcelino y su libro *Ensayos críticos sobre Filosofía e Instrucción pública* ¹⁰¹ fue el antecedente inmediato de *La Ciencia española* ¹⁰². Ello

⁹⁹ A. SANTOVEÑA SETIÉN: “Menéndez Pelayo y la Cultura Católica”, en M. SUÁREZ CORTINA (coord.): *La cultura española en la Restauración, op. cit.*, pp. 398-400.

¹⁰⁰ *Ibidem*, pp. 402-403.

¹⁰¹ G. LAVERDE RUIZ: *Ensayos críticos sobre filosofía, literatura e instrucción pública españolas*, Lugo 1868.

¹⁰² J. L. ABELLÁN: “Menéndez Pelayo y la polémica de la ciencia española”, *Cuadernos Salmantinos de Filosofía* 2 (1975), pp. 363-376, hace un compendioso análisis de lo que denomina “La prehistoria de la historia de la Filosofía en España”, señalando a G. Laverde como el mentor de este proyecto y de habérselo inculcado a Menéndez Pelayo: “Esto no quiere decir que la obra de Laverde haya sido estéril; por el contrario, de él parte todo el edificio de nuestra historia filosófica. Sus *Ensayos críticos sobre filosofía, literatura e instrucción pública* (Lugo 1868) marcan un hito en la historiografía sobre el tema; allí se contienen estudios sobre

coincidió con motivo de haber escrito don Gumersindo de Azcárate una serie de artículos en la *Revista de España* sobre el “*Self Government* y la monarquía doctrinaria”¹⁰³, en los que indicaba que la actividad científica en España había estado ahogada casi por completo durante tres siglos. El 7 de abril de 1876, Gumersindo Laverde escribía una carta a Menéndez Pelayo en la que le decía: “Adjunta va una nota que a vuela pluma escribí en vista del párrafo de Azcárate citado en ella. Puede usted hacer un buen artículo y una buena obra”¹⁰⁴. El joven polígrafo contestó con un artículo en la *Revista Europea*, en el que trazaba un cuadro general de la actividad científica española en dichos siglos¹⁰⁵. Ciertamente, la Inquisición no aparecía como causante de este daño, pero muy pronto se introdujo de la mano de Núñez de Arce, para quien la causa de la decadencia de la literatura en España había sido la intolerancia. Arce situaba la influencia negativa de la Inquisición en la ciencia española dentro de un conflicto mucho más amplio como era el problema entre religión y ciencia, arrancando desde el siglo XVII¹⁰⁶.

El crítico literario don Manuel de la Revilla, al dar noticia del discurso de recepción en la Real Academia de Núñez de Arce en la *Revista Contemporánea*, aprovechó para criticar la posición de Menéndez Pelayo y Laverde. Revilla compartía que, aunque en España habían existido filósofos, ninguno consiguió crear escuela, y compartía con Núñez de Arce que “una de las causas de nuestra decadencia literaria fue la falta de libertades públicas”¹⁰⁷.

Fox Morcillo, Jovellanos, el tradicionalismo del siglo XVIII, y sobre todo un ensayo crítico y muy erudito sobre el entonces reciente libro de Luis Vidart, *La filosofía española. Indicaciones bibliográficas* (Madrid 1866). En este último libro y en la obra de Laverde en general está ya en germen la *Ciencia española* de Menéndez Pelayo” (p. 375).

¹⁰³ Fueron reunidos en el volumen G. DE AZCÁRATE: *El Self Government y la Monarquía doctrinaria*, Madrid 1877, la frase que encendió la polémica en p. 114.

¹⁰⁴ El párrafo de Azcárate decía: “Según que, por ejemplo, el estado ampare o niegue la libertad de la ciencia, así la energía de un pueblo mostrará más o menos su peculiar genialidad en este orden y podrá hasta darse el caso de que se ahogue casi por completo su actividad como ha sucedido en España durante tres siglos” [citado por C. MORÓN ARROYO: “Ciencia, Inquisición, ideología. Temas de nuestro tiempo”, *Arbor* 84 (1986), p. 29].

¹⁰⁵ *Revista Europea*, VII (1876), pp. 330 y ss.

¹⁰⁶ A. MÁRQUEZ: “Inquisición y Ciencia. Perspectiva histórica: lo hecho y lo por hacer”, *Arbor* 484 (1986), pp. 11-28.

¹⁰⁷ E. y E. GARCÍA CAMARERO: *La polémica de la ciencia española*, op. cit., p. 206; A. SANTOVEÑA SETIÉN: *Menéndez Pelayo y las Derechas en España*, Santander 1994, pp. 45-61.

Semejante provocación fue aprovechada por Menéndez Pelayo para contestar en la *Revista Europea* con un artículo titulado “M. Masson redivivo”. Dicho artículo, después de enumerar y recordar los grandes literatos y hombres de ciencia que habían existido en España, a pesar de la Inquisición, termina señalando el auténtico meollo de la discusión:

Pero en medio de todas estas transformaciones ha conservado el señor Revilla la intolerancia de la impiedad, como otros de la creencia; habla siempre con desdén del catolicismo y de los católicos y afecta mirarnos con cierta compasión, cual si se tratase de parias o ilotas ¹⁰⁸.

A este artículo le contestó Revilla:

[...] ¿puede decirse que hay una verdadera filosofía española, ni siquiera que hay un filósofo español que pueda colocarse a la altura de los grandes filósofos que hacen época en la historia, o habrá que reconocer que, en filosofía como en ciencias, solo tenemos algunos estimables ingenios de segundo orden, muy dignos de consideración y respeto, pero que no nos autorizan a hablar pomposamente de ciencia española o filosofía española? ¹⁰⁹.

Finalmente, contestó Menéndez Pelayo con otro artículo titulado “M. Masson redimuerto” ¹¹⁰. En el mismo, comenzaba afirmando que era católico y que:

Estimo cual blasón honrosísimo para nuestra patria el que no arraigase en ella la herejía durante el siglo XVI, y comprendo, y aplaudo, y hasta bendigo la Inquisición como fórmula del pensamiento de unidad que rige y gobierna la vida nacional a través de los siglos, como hija del espíritu genuino del pueblo español, y no opresora de él sino en contados individuos y rarísimas ocasiones. Niego esas supuestas persecuciones de la ciencia, esa anulación de la actividad intelectual y todas esas atrocidades que rutinariamente y sin fundamento se repiten ¹¹¹. [...] La intolerancia religiosa no influyó poco ni mucho en las ciencias que no se rozaban con el dogma. No hubo prohibiciones de libros útiles, ni persecuciones de sabios [...] ni nada, en fin, que impidiese nuestro progreso en dichos ramos del saber ¹¹².

¹⁰⁸ E. y E. GARCÍA CAMARERO: *La polémica de la ciencia española*, op. cit., p. 230; J. PARDO TOMÁS: *Ciencia y censura...*, op. cit., pp. 7-9.

¹⁰⁹ E. y E. GARCÍA CAMARERO: *La polémica de la ciencia española*, op. cit., p. 237.

¹¹⁰ *Revista Europea*, VIII.

¹¹¹ E. y E. GARCÍA CAMARERO: *La polémica de la ciencia española*, op. cit., p. 241.

¹¹² *Ibidem*, p. 243.

Introducción 1: *El reinado de Felipe IV como decadencia...*

Entre estas polémicas continuó don Marcelino sus cartas con Laverde en las que proyectaba una bibliografía sobre la ciencia española y en las que, algunas veces, criticaba duramente a Salmerón (aunque sin citarle), especialmente en el prólogo que puso a la versión española de la *Historia de los conflictos entre la Religión y la Ciencia*, del norteamericano Draper. El libro, que fue publicado por primera vez en inglés en 1873, consta de doce capítulos en los que realiza una evolución de la ciencia desde los griegos hasta el siglo XIX. Este libro provocó varias respuestas entre los eclesiásticos y los neocatólicos españoles, algunas de ellas expresadas por Menéndez Pelayo en su *Historia de los Heterodoxos españoles*¹¹³; pero más importantes que estos escritos polémicos fueron las reacciones positivas, tales como la fundación de revistas por parte de distintas asociaciones religiosas, tales como *La ciencia cristiana*, *Razón y Fe* o *Religión y cultura*.

La segunda polémica fue mantenida con don José del Perojo, quien dio a conocer la filosofía alemana (Kant) en España, quien publicaba en *Revista Contemporánea* (1877) un artículo sobre “La ciencia española y la inquisición”. Menéndez Pelayo le contestó en *La España Católica*. Perojo, que apoyaba a Revilla, mantenía en su artículo:

que no existe una escuela filosófica que propiamente puede llamarse española y que la Inquisición paralizó todo el movimiento científico de nuestro pueblo.

Esta última afirmación la reiteraba con insistencia:

en todas las ciencias está España antes de la Inquisición a la altura de las demás naciones, cuando no a la cabeza [...]. Según aumentaban los rigores de la Inquisición, nuestro pueblo se sumía más y más en terrible postración¹¹⁴.

En medio de esta discusión, Manuel Pedregal y Cañedo publicaba *Estudios sobre el engrandecimiento y la decadencia de España* (1878)¹¹⁵ en el que seguía la evolución de la historia de España que comenzaba a ser consagrada en los ámbitos académicos e intelectuales: auge y prestigio durante el reinado de Isabel y Fernando, Carlos V suprimió las libertades de las Cortes tras las Comunidades y Felipe II impulsó la Inquisición; ambos monarcas, además de ser extranjeros, establecieron las bases de la intransigencia que llevaron a la decadencia durante

¹¹³ M. MENÉNDEZ PELAYO: *Historia de los heterodoxos españoles*, op. cit., vol. II, pp. 974-1046.

¹¹⁴ E. y E. GARCÍA CAMARERO: *La polémica de la ciencia española*, op. cit., p. 302.

¹¹⁵ M. PEDREGAL Y CAÑEDO: *Estudios sobre el engrandecimiento y la decadencia de España*, Madrid 1878.

el siglo XVII¹¹⁶. La misma argumentación repetía Felipe Picatoste al hacer la evolución histórica de España, sentenciando:

España ha sido grande, rica y feliz cuando ha vuelto en cierto modo la espalda a Europa. Así adquirió toda su gloria, conquistó la patria y creó su nacionalidad [...]. La mayor parte de nuestras desgracias provienen de haber huido del África y del Atlántico para meternos en aventuras que pusieron en peligro nuestra existencia [...]. La política española no ha debido moverse nunca sino en el campo y en la dirección que le señalaron los dos reyes más grandes de nuestra patria, cada uno dentro de las condiciones de su época: San Fernando y Doña Isabel la Católica¹¹⁷.

Como se puede constatar ninguno de ellos notaba diferencia ideológica ni política del catolicismo del siglo XVI con respecto al del siglo siguiente, ni tampoco se percataban de los cambios experimentados en las relaciones jurisdiccionales entre la Monarquía hispana y el Papado en ambas centurias, por lo que Felipe II siempre aparecía como el inicio y causante de este tobogán ininterrumpido hacia la decadencia cultural y política de la Monarquía, el resto de miembros de la dinastía Habsburgo solamente habían seguido las pautas establecidas por el Rey Prudente.

1.4.2. *La reinterpretación de la “decadencia” por Cánovas del Castillo*

Para Cánovas, las naciones eran “obra de Dios”, unidas por principios anteriores a todo pacto expreso, lo que enlazaba directamente con la tesis de la “constitución histórica”¹¹⁸. En España, la fórmula que definía la misma era la unión

¹¹⁶ “La escena cambio de aspecto, cuando el trono y el altar, sobre las ruinas de las instituciones nacionales, sellaron un pacto de alianza; cuando la persecución religiosa declaró una guerra a los judíos y a los moriscos; cuando arrastrados por el fanatismo, llevaban nuestros valientes soldados la antorcha, con que ponían fuego a las hogueras de la Inquisición; cuando se eclipsó el espíritu de libertad y la intolerancia vertió a torrentes la sangre de los protestantes y la investigación científica fue condenada como un crimen” (E. y E. GARCÍA CAMARERO: *La polémica de la ciencia española*, op. cit., pp. 306-307).

¹¹⁷ F. PICATOSTE: *Estudios sobre la grandeza y decadencia de España. El siglo XVII*, Madrid 1887.

¹¹⁸ P. C. GONZÁLEZ CUEVAS: *Acción española. Teología política y nacionalismo autoritario en España (1913-1936)*, Madrid 1998, p. 22; C. DARDÉ MORALES: “Cánovas y el nacionalismo liberal español”, en G. DE CORTÁZAR (ed.): *Nación y Estado en la España liberal*, Madrid 1994, pp. 213-216. El influjo de Leopoldo van Ranke en esta idea, ha sido puesto de manifiesto por G. VERSTEEGEN: “Corte y estado en la obra histórica de Cánovas: la malograda incorporación del Reino de Portugal a la Monarquía hispana”, *Libros de la Corte* 2 (2010), pp. 37-57.

Introducción 1: *El reinado de Felipe IV como decadencia...*

permanente entre Corona y Cortes, siendo la Corona la médula misma del Estado español ¹¹⁹. De acuerdo con estos principios, a Cánovas le resulta esencial explicar las causas de la decadencia de la Monarquía hispana y, concretamente, el periodo en el que se consumó el desastre: el reinado de Felipe IV.

La actividad de Cánovas como historiador se concentró en tres grandes obras: *Historia de la decadencia de España desde el advenimiento de Felipe III al trono hasta la muerte de Carlos II* (1854), *Bosquejo histórico de la Casa de Austria en España* (1869) y *Estudios del reinado de Felipe IV* (1888). En vísperas de la Revolución de 1854 publicó su *Historia de la decadencia de España*. Lo que pretendía Cánovas con esta obra era explicar el comportamiento de los monarcas del siglo XVII y sus validos frente a un problema susceptible de ser analizado “filosóficamente” como es la *decadencia de los Imperios*.

Durante la época canovista se inició un proceso que condujo a una relativización de los juicios y valoraciones de la decadencia en el terreno de la historia literaria. La pauta vendría marcada por los sectores neocatólicos después de que en 1879 Marcelino Menéndez Pelayo divulgase en la *Ciencia Española* una polémica con figuras krausistas y positivistas ¹²⁰,

en donde el Renacimiento, la insistencia en el catolicismo y el rechazo del influjo del Santo Oficio en la cultura aportaron las bases interpretativas para una *nacionalización* de la historia intelectual de los siglos XVI y XVII.

La defensa de la política de los Austria del siglo XVI y la matización de la decadencia de España del siglo XVII comenzó a tener carta de naturaleza académica durante la época de la Restauración bajo Cánovas. De hecho, la visión canovista “madura” consistió en nacionalizar a los Austria, presentándolos como el apogeo mismo de nuestra historia, ofreciendo una visión indulgente de los reyes del XVII que, aunque “malos reyes”, “no eran peor que la nación que gobernaban”. Para Cánovas, como ya he dicho, las naciones eran fruto de la Historia ¹²¹:

¹¹⁹ A. DE BLAS: “Introducción” a *Discurso sobre la nación de Antonio Cánovas del Castillo*, Madrid 1997.

¹²⁰ G. PASAMAR ALZURIA: “La configuración de la imagen de la ‘decadencia española’...”, *op. cit.*, p. 195.

¹²¹ C. DARDÉ MORALES: “Cánovas y el nacionalismo liberal español”, *op. cit.*, pp. 213-216; G. PASAMAR ALZURIA: “La rehabilitación de los primeros Austrias entre los historiadores de la Restauración”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN y C. REYERO (dirs.): *El siglo de Carlos V y Felipe II. La construcción de los mitos*, Madrid 2000, pp. 121-140.

Al acabar el siglo XVI, sentía la nación cierto cansancio disculpable en lo grande de las obras que había ejecutado y de las empresas que durante el anterior había cometido. Pero era cansancio, no decadencia aún lo que sentía ¹²².

Ciertamente, la Monarquía tenía ya dentro de sí los gérmenes de corrupción que más tarde habían de destruirla, y cierto también que Felipe II había cometido no pocas faltas en su reinado. Más ha de tenerse en cuenta que aquellos gérmenes de corrupción no habían sido antes sino principios de vida y engrandecimiento que eran naturales en la Monarquía, y que lo mismo se advertían en ella cuando comenzaron a reinar los Reyes Católicos que a la muerte de Felipe II. [...] Pero el vulgo no acierta a comprender de qué manera las mismas causas que produjeron el engrandecimiento, pueden producir la decadencia ¹²³.

Pero en su *Bosquejo histórico de la Casa de Austria en España*, obra de madurez, Cánovas comenzaba:

Dividida España en cortos Estados independientes, desde la invasión de los musulmanes hasta la conquistas de Granada y Navarra, y la incorporación definitiva de Aragón a Castilla, no aparece como un gran poder en la historia, sino durante los reinado de la casa de Austria. Son ellos, ciertamente, los que la han hecho intervenir más en los negocios políticos de Europa y en el movimiento general de la civilización. Ni las épicas hazañas de los catalanes y aragoneses en Oriente, ni la maravillosa restauración de los Estados Pontificios por el cardenal Albornoz y algunos clérigos castellanos; ni las conquistas de Sicilia y Cerdeña fueron hechos que pudieran llamarse nacionales y asegurasen a España duradera importancia [...]. Ya los Reyes Católicos figuraron gloriosamente en el mundo, pero no era su poder el de una nación todavía, sino más bien el de una alianza entre las principales naciones peninsulares [...]. Al advenimiento de la Casa de Austria es cuando forma ya España una nación permanente; y es entonces cuando recorren nuestras armas y naves todo el globo ¹²⁴.

De acuerdo con esta realidad, resulta incontestable que la “decadencia” de la Monarquía no se podía identificar con la casa de Austria, sino solamente a partir de Felipe IV; es decir, a partir de las primeras décadas del siglo XVII:

No ha habido, pues, grandeza para nosotros sino en los días de la monarquía austríaca; y siempre entenderán los hombres, cuando se hable de la decaída España antigua, que tratan de la que heredó Carlos I, y comenzó a desmembrarse en manos

¹²² A. CÁNOVAS DEL CASTILLO: *Historia de la Decadencia de España*, Málaga 1992, p. 6 [facsimil de la ed. de 1910].

¹²³ *Ibidem*, p. 7.

¹²⁴ A. CÁNOVAS DEL CASTILLO: *Bosquejo histórico de la Casa de Austria en España*, Madrid 1869, pp. 1-2.

Introducción 1: *El reinado de Felipe IV como decadencia...*

de su biznieto el cuarto Felipe. Ni antes ni después de aquella época ha sido otra cosa España que un rincón del continente europeo, más o menos unido, mejor o peor gobernado, pero aislado, de todas suertes, e incapaz de disputar siquiera el primer lugar de las naciones ¹²⁵.

En su idea de decadencia, Cánovas partía del convencimiento de que la nación venía arrastrando:

[una] larga decadencia desde finales del siglo XVI basada, especialmente, en una proyección exterior desproporcionada a sus fuerzas y a una insolidaridad interior que finalmente había comprometido tanto su equilibrio interno como su posición ante el resto de Europa ¹²⁶.

La concepción del Estado que tuvo Cánovas se hallaba en lo que aprendió de la Historia (Monarquía, Catolicismo y Cortes). Esto se reflejó en la estructura de la Constitución de 1876, en la que se observa una co-soberanía entre la Corona (garantía de integración nacional) y la nación representada en las Cortes ¹²⁷. Como señala el profesor Seco Serrano, para el afianzamiento de la doctrina canovista era necesario la adhesión condicionada de la izquierda procedente del frente revolucionario de 1868; de ahí, la actitud del político malagueño con los radicales revolucionarios ¹²⁸.

La interpretación de la “decadencia” de Cánovas fue respaldada por Konrad Haëbler desde el punto de vista económico. Para Haëbler no se podía hablar de decadencia económica durante el reinado de Carlos V, ni siquiera del de su hijo, Felipe II, aunque al final comenzó a tener problemas hacendísticos ¹²⁹; por consiguiente, no se podía identificar la dinastía de los Austria con la decadencia de España; ciertamente, los monarcas del siglo XVII (cuya calificación afortunada de “Austrias menores” ha llegado hasta nuestros días) no supieron gobernar la Monarquía y ello repercutió en la pérdida de su hegemonía europea.

¹²⁵ A. CÁNOVAS DEL CASTILLO: *Bosquejo histórico de la Casa de Austria...*, *op. cit.*, pp. 2-3.

¹²⁶ C. SECO SERRANO: “Implantación y evolución de un modelo político...”, *op. cit.*, p. 34.

¹²⁷ *Ibidem*, p. 35; J. L. COMELLAS: *Cánovas*, Madrid 1965, p. 158.

¹²⁸ A. M. FABIÉ: *Cánovas del Castillo, su juventud, su edad madura, su vejez*, Barcelona 1929, pp. 104-106, descubre una serie de cartas, escritas por Cánovas, a Monteros Ríos y Ruiz Zorrilla, donde les invita a participar en el nuevo proyecto político. Dichas cartas son citadas por C. SECO SERRANO: “Implantación y evolución de un modelo político...”, *op. cit.*, pp. 9-30.

¹²⁹ K. HAEBLER: *Prosperidad y decadencia económica de España durante el siglo XVI*, traducción y prólogo de F. de Laiglesia, Madrid 1899.

1.5. EL DEBATE REGENERACIONISTA
SOBRE LA DECADENCIA ESPAÑOLA

“Regeneración” es un término que se utilizó a lo largo del siglo XIX en momentos de crisis, si bien, quedó consagrado para comprender el movimiento cultural que se produjo en el período entre los siglos XIX y XX. Dada la sensación de atraso, con respecto a Europa, y de corrupción en el sistema político que existía en España, los liberales del siglo XIX llevaron a efecto sus cambios políticos bajo la excusa de regenerar las instituciones que formaban la “nación española”, término propio del léxico de la burguesía. Desde el punto de vista etimológico, “regenerar” siempre indica restablecer un objeto o institución que se ha deformado; en este caso se trata de regenerar las instituciones de la nación española, y para ello es necesario, no solo, proponer los métodos y cambios concretos que se debían realizar, sino también buscar en la evolución histórica los momentos y las causas de la deformación. De ahí que todos los libros de autores regeneracionistas presenten la misma estructura: junto al análisis de la realidad y de las propuestas de reforma, siempre hay una parte que pretendía interpretar la evolución histórica que demostraba las causas de la degeneración. La fecha inicial de la literatura regeneracionista ha sido establecida en 1892, fecha en que aparece la obra de Lucas Mallada, y se considera acabada en 1914, año en que Ortega y Gasset publicó *La España invertebrada*¹³⁰. El movimiento político, organizado en torno a la Unión Nacional, apenas tuvo relevancia política; sin embargo, sus expresiones ideológicas fueron utilizadas por los distintos sectores sociales y organizaciones políticas como base para sus reformas¹³¹. Más que con los temas intelectuales y políticos del siglo XIX español, los regeneracionistas se enfrentaron con los problemas internos de la España real, el problema social, la economía, la agricultura, la educación, etc.¹³².

¹³⁰ Un buen resumen del tema, con una completa bibliografía, en la introducción de J. C. MAINER (coord.): *Modernismo y 98*, vol. VI de F. RICO (dir.): *Historia y crítica de la literatura española*, Barcelona 1980.

¹³¹ J. S. PÉREZ GARZÓN: “Introducción” a L. MOROTE: *La moral de la derrota*, Madrid 1997, p. 27.

¹³² “La mitad de la obra reconstituyente hallase representada por la política hidráulica, civilizadora de nuestra tierra; la otra mitad corre a cargo de la política pedagógica, civilizadora de la población” (R. MACÍAS PICAVEA: *El problema nacional*, Madrid 1899). Por su parte, Costa comienza su campaña regeneracionista ante la Asamblea de las Federaciones Agrícolas en 1899 y al año siguiente escribía: “Los españoles sienten hambre de pan, hambre de instrucción, hambre de justicia”.

El nuevo regeneracionismo, ocasionado por la crisis de 1898 (porque el “arbitrismo regeneracionista” era muy anterior¹³³) tuvo dos cauces iniciales de expresión: el manifiesto del general Polavieja (redactado, al parecer, por Damián Isern) y la contestación de Joaquín Costa a una consulta de la Cámara Agraria del Alto Aragón. Ya durante el primer tercio del siglo XX, cabe distinguir dos tipos de regeneracionismo: A) los disidentes del sistema de la Restauración, pero insertados en él, que trataron de reformarlo dándole mayor credibilidad, lo que se manifiesta a través de las orientaciones de Silvela, heredadas por Maura, cobijadas ambas bajo la consigna de la “revolución desde arriba”; y la vertiente liberal, en el programa de Canalejas. B) la de los rupturistas frente al sistema, a través de dos propuestas: la que intenta un nuevo camino, aún dentro de la monarquía, pero al margen del sistema canovista, cuya expresión máxima es la dictadura de Primo de Rivera; y la que desplegó su propio programa, sintetizado en la ruptura del sistema con la monarquía, a partir de abril de 1931. El discurso del primer ministro británico, Lord Salisbury, el 4 de mayo de 1898 en el Albert Hall sobre las “naciones moribundas”, en que se hacía referencia a España, fue retomado por la generación del 98¹³⁴.

Los intelectuales de las generaciones de 1898 y 1914 trataron de afianzar España como nación de “realidad histórica” incuestionable, capaz del consenso nacionalista de opiniones políticas encontradas y de integrar a las masas populares en una misma conciencia nacional sin acudir a la religión para explicarlo. Lo que distingue a los escritores del 98 de sus predecesores no es su preocupación (el “problema de España”), sino su respuesta. *En torno al casticismo* y el *Idearium español* son buena prueba de ello¹³⁵. Los autores se muestran interesados en establecer un “núcleo castizo” de la tradición nacional. De esta manera, lo español, definido por cuestiones culturales y psicológicas, se hizo sinónimo de una manera de ser, de un carácter nacional que, forjado históricamente, era la realidad que se constituía en el talismán explicativo para análisis tan variados de Azorín, Machado, Unamuno, Maeztu, Altamira... Todos apuntan al pueblo llano como

¹³³ La expresión es de C. SECO SERRANO, “La renovación política: el regeneracionismo”, en P. LAÍN ENTRALGO y C. SECO SERRANO (eds.): *España en 1898...*, *op. cit.*, p. 241.

¹³⁴ J. M. JOVER ZAMORA: “Horizonte internacional de la España de Alfonso XIII”, en *La España de Alfonso XIII. El Estado y la política (1902-1931)*, (*Historia de España dirigida por Ramón Menéndez Pidal* XXXVIII/1), Madrid 1995.

¹³⁵ H. RAMSDEN: “The Spanish generation 98, II: A reinterpretation”, *Bulletin of John Rylands University Library* (1975), pp. 181-189 [trad. en J. C. MAINER (coord.): *Modernismo y 98*, *op. cit.*, p. 20].

el depositario de la tradición esencial, por lo que dan la espalda a la historia tradicional y buscan la salvación nacional en las cualidades ocultas de la gente anónima. Los títulos de las obras que escribieron resultan elocuentes en sí mismos: *El alma castellana*, *Psicología del pueblo español*, *El alma española*, *Constitución y vida del pueblo español*... Las ideas que expresan tales escritores también resultan aleccionadoras: “la tradición eterna” de Unamuno, el “espíritu territorial” de Gannivet, las “notas constantes” de Altamira o la “permanente identidad” de Menéndez Pidal. No resulta raro que este último intentara articular la evolución de la Historia de España.

Para ello, se incorporaron las nuevas disciplinas sociales que propagaba el krauso-positivismo, al mismo tiempo que se empleaba una metodología que ligaba el pasado con el presente porque se consideraba –de acuerdo con esta corriente intelectual– que la evolución de un pueblo respondía a las necesidades orgánicas de esa colectividad que funcionaba igual que un ser vivo. Esto explica que los escritores de la época emplearan tantas metáforas sobre la salud de España, sobre las épocas de plenitud y decadencia, con la obsesión de diagnosticar sus males. Además, el hilo vital que enlazaba la historia pasada con los problemas del presente se convertía en explicación que sancionaba la evolución del ser colectivo. La historia no era, por tanto, el relato de la lista de los reyes, las batallas y diplomacias, sino lo que los krausistas denominaban la “historia interna”, la actuación de ese pueblo. La historia interna revelaba el estado del “espíritu nacional” y los logros culturales del pueblo, lo que Rafael Altamira calificó con el término *civilización*.

Queda, pues, claro el nuevo concepto de “historia nacional”, que se fue introduciendo, distinto del establecido durante la Restauración canovista. El político malagueño defendía un concepto de nación en el que el principio rector era la monarquía y en el que se le concedía una importancia esencial a la religión católica como configuradora de la sociedad hispana. Por contra, los sectores sociales que se habían considerado excluidos del sistema de gobierno de la Restauración, se organizaron políticamente y, respaldados por los intelectuales que se inspiraban en las corrientes europeas mencionadas, defendieron una renovación cultural cuyas categorías básicas se pueden resumir en los siguientes puntos: preocupación por la educación de la sociedad, secularización, racionalidad en la investigación científica y reformismo social. Para llevar a cabo estos objetivos, tales sectores crearon una serie de instituciones: además de la *Institución Libre de Enseñanza* en 1876 como protesta ante las consecuencias de los decretos del ministro Orovio, en enero de 1907 se fundaba la Junta de Ampliación de Estudios, al mismo tiempo que se preveía la creación de la Residencia

de Estudiantes, y, en 1910, el Centro de Estudios Históricos, dirigido por Ramón Menéndez Pidal¹³⁶.

Así pues, los orígenes de la historia profesional surgía con el *regeneracionismo*. ¿En qué consistió la novedad de la historiografía profesional? Ante todo, en la recepción de ideas y corrientes historiográficas europeas, estudiando las “manifestaciones colectivas”, para lo que se utilizaban las ideas sociológicas positivistas, dejando atrás las ideas tradicionales de “filosofía de la historia”. Con todo, en España no preocupó mucho la búsqueda de los precedentes del Estado burgués. Los historiadores españoles, formados en el Centro de Estudios Históricos, cultivaron sobre todo una historia de las instituciones que insistía en la condición social de las personas, no en la lucha de clases. De esta manera, la temática de la historiografía profesional española de principios del siglo XX no difirió sustancialmente de la de los liberales del siglo anterior. La mayoría de nuevos historiadores se especializó en la historia de las instituciones medievales, de acuerdo con la función social que adquirió esta historiografía en el contexto de la época: la historia como evolución del derecho y de las instituciones ayudaba a presentar un ideal interclasista de la nación, en el que se insertaban adecuadamente los fueros, Cortes, reglamentación municipal, etc. Este planteamiento, a partir de 1920, coincidiendo con la muerte del profesor Eduardo Hinojosa (1919), se fue haciendo “castellano” en el Centro de Estudios Históricos por la acción de Claudio Sánchez Albornoz y Ramón Menéndez Pidal. Las investigaciones de ambos maestros se convirtieron en apoyo científico para construir una ideología que afianzaba un nacionalismo centralista y que compartieron buena parte de intelectuales republicanos, como quedó reflejado en los debates políticos de la Segunda República.

Durante las últimas décadas del siglo XIX surgió una publicística sobre la “psicología nacional” que no solo manejaba los argumentos tradicionalmente filosóficos y políticos sobre la decadencia, sino que consideraba el caso español como la verificación de leyes psicológicas y sociológicas. Estamos ante una literatura que ayudó al pensamiento positivista a introducirse en España. A esta clase de argumentos fueron proclives los sectores republicanos castelarianos¹³⁷.

¹³⁶ I. PEIRÓ MARTÍN: *La enseñanza de la Historia en la Restauración (1874-1900)*, Zaragoza 1992, y G. PASAMAR ALZURIA: “La historiografía profesional española en la primera mitad del siglo actual: una tradición liberal truncada”, *Studium. Geografía, Historia, Arte y Filosofía* 2 (1990), pp. 137-139.

¹³⁷ J. M. JOVER ZAMORA: “Federalismo en España: cara y cruz de una experiencia histórica”, en G. DE CORTÁZAR (ed.): *Nación y Estado en la España liberal*, op. cit., pp. 105-167.

Esta clase de obras de “psicología histórica” y de pretensiones regeneracionistas dieron lugar –según Sáinz Rodríguez¹³⁸– a un doble tipo de producción bibliográfica en el marco de la literatura del desastre: “libros que en rigor son tratados sobre sicología del pueblo español” (*Idearium* de Ganivet o *En torno al casticismo* de Unamuno, entre otros) y obras que contienen un programa político en las cuales la cuestión histórica no es más que un precedente para llegar a él (libros de Costa, Macías Picavea, etc.). Todo ello potenciado por la idea de la decadencia de las naciones latinas frente a las anglosajonas de finales del XIX.

En 1890, Lucas Mallada escribía un libro, *Los males de la patria*, que ejerció una gran influencia en los pensadores de una época. Azorín da cuenta de cómo fue recibido este libro entre los escritores jóvenes que comenzaban a colaborar en los periódicos madrileños a través de las noticias que les daba don Pío Baroja sobre el mismo¹³⁹. Después de Mallada, un grupo de escritores entre los que se encuentran Joaquín Costa, Macías Picavea o Isern profundizaron y ampliaron el mismo tema de este libro. Como ya he manifestado, muchos autores habían escrito sobre la cuestión; así, Pi i Margall, en 1876, levantaba la voz denunciando –desde el punto de vista del historiador– la decadencia de España¹⁴⁰. Sin embargo, Mallada denunciaba los males como hombre de ciencia, con datos empíricos, haciendo un análisis “naturalista” de la realidad socioeconómica de España. Mallada presentaba con fundamento los males que padecía España: problemas de pobreza económica, emigración de la población y de los personajes más válidos, la agricultura, la minería... Este desastre trató de interpretarlo a través de la Historia. De acuerdo con esta visión, presentaba el apogeo de la Monarquía de la siguiente manera:

A fuerza de tanto pelear y a costa de mucha sangre vertida, llegó el poder castellano al apogeo de su fortuna por un cúmulo de circunstancias favorables con que los pueblos suben pasajeramente a las cumbres de las glorias humanas. Ya se pagaron bien caras estas glorias poco tiempo después. Que no es tan fácil mantener prósperos y felices los Estados, como aumentar loca y ambiciosamente los territorios que sus naturales límites rebasan. Y si no, ¿quién había de decir a los que dieron feliz remate a la unidad nacional, tras el largo período de la Reconquista; quién había de decir a los que presenciaron el descubrimiento de América; quién había de decir a los tercios españoles que tan victoriosos combatieron en Francia, en Flandes y en Italia; quién había de decir al déspota de Felipe II que un imperio, por tan brillantes sucesos y tan maravillosas coincidencias agrandado, había de caer

¹³⁸ P. SÁINZ RODRÍGUEZ: *La evolución de las ideas...*, op. cit., pp. 82-83.

¹³⁹ AZORÍN (José MARTÍNEZ RUIZ): *Obras Completas*, Madrid 1948, vol. VI, p. 254.

¹⁴⁰ F. PI I MARGALL: *Las nacionalidades*, Madrid 1877 (2ª ed), “Introducción”.

Introducción 1: *El reinado de Felipe IV como decadencia...*

en ruinas inmediatamente, dejando entre sus restos una nación condenada a vergonzosa pequeñez e irremediable miseria?

El poderío español en el siglo XVI, más parecido a un sueño fantástico que a una sorprendente realidad, tenía que ser muy corto y deleznable, pues se fundaba en la hojarasca de los laureles conquistados en novelescas aventuras, sin tener el sólido apoyo de las aspiraciones y de los intereses comunes entre los pueblos que rabiaban de verse juntos y de ser por el mismo cetro regidos [...]

Miradas por siglos enteros las artes y la agricultura con el más absoluto desdén, como ocupaciones de gente ruda y menesterosa, bajo la Casa de Austria solo leyes y mandatos contrarios al bien general caían como granizados sobre los infelices pueblos asolados y empobrecidos. Nada añadieron a lo que ya se sabe respecto a la expulsión de los judíos y moriscos, perdiendo la patria los dos millones de habitantes que más entendían de agricultura y de artes, los más hacendosos, los más dispuestos. Menos pérdida fue la de otros tantos cristianos viejos que, con rabiosa sed de oro, volaron al Nuevo Mundo para imponer su religión a los indios, a fuerza de sangre y de infamias, arrebatándoles vidas y haciendas y cometiendo los más inicuos atropellos ¹⁴¹.

Por su parte, la doctrina organicista en Joaquín Costa provenía de su base krausista, pues en su crítica a la propiedad y al liberalismo doctrinario se aprecia dicha influencia. El organicismo es especialmente característico del movimiento “regeneracionista”, cuyo sentido ya implica la consideración de la sociedad como un organismo vivo que puede regenerarse. Es ya conocida la conexión entre el organismo social y las posturas totalitarias, aunque en el siglo XIX se da en España un organicismo de tipo liberal, al que pertenecen los regeneracionistas. Esto no quiere decir que ya se vislumbren elementos autoritarios como se observa en Costa, pues el propio José Antonio Primo de Rivera invocaba su magisterio. Costa culminaba esta ideología autoritaria clamando por un “cirujano de hierro”.

En lo que respecta a Luis Morote (1862-1913), destaca su libro *La Moral de la derrota*, aparecido en 1900, justamente, como señala Pérez Garzón, cuando se forma la Unión Nacional y se vive la euforia pasajera de la unión de las “clases neutras” ¹⁴². En el libro de Morote, la historia de España es interpretada desde un enfrentamiento de dos fuerzas, que caracterizan la psicología del pueblo español desde los celtíberos: autonomía y centralización ¹⁴³. La virtud de la independencia

¹⁴¹ L. MALLADA: *Los males de la patria y la futura revolución española*, Madrid 1969, pp. 63-64.

¹⁴² J. S. PÉREZ GARZÓN: “Introducción”, *op. cit.*, p. 28.

¹⁴³ L. MOROTE: *La moral de la derrota*, *op. cit.*, pp. 87-113.

y el vicio del separatismo eran las cuestiones permanentes de una “constitución orgánica” propia de la nación española ¹⁴⁴.

Ángel Ganivet, *Idearium español* (1897), relativizaba mucho la oposición “latinos”-“anglosajones”. La decadencia tuvo lugar porque, además de imitar elementos ajenos a la “sicología nacional”, la vocación continental de los Austria habría desvirtuado algunas características del modo de ser hispano.

Por los mismos años, Picavea también reflexionaba sobre los males de España, siguiendo su común filiación con el krausismo. No solo porque recibió las enseñanzas de Julián Sanz del Río, sino también porque se percibe en su producción literaria, de manera más explícita en su poema *Kosmos* ¹⁴⁵. Afirmaba que hubo decadencia por “la gobernación del país por una férrea dinastía extranjera que puso siempre sus intereses de familia por encima de la nación y de los suyos” ¹⁴⁶. Entre el mes de noviembre de 1898 y febrero de 1899 escribió este libro, que salió publicado una vez muerto el autor. El objetivo del libro lo exponía con claridad en el prólogo del mismo:

Aspiramos a reproducir fielmente, por procedimientos de directa observación y de investigación personal, ora sobre la realidad misma, ora sobre autorizados documentos trabajada, la fisonomía de nuestra nacionalidad en el momento presente; no solo en lo pésimo y deforme, sino en lo bueno y sano ¹⁴⁷.

Se trataba de describir el problema nacional “planteándole íntegro”, pues, Picavea, si bien reconocía los estudios de Mallada y Costa, al que rendía homenaje, sus obras consideraba que eran parciales. El análisis que realiza sobre la realidad está fundamentado en postulados derivados de los hechos empíricos. Se trata de describir las cosas como fueron. La voluntad de objetivación es grande, por ello busca las razones en la evolución de nuestra historia. Esta obra, junto a la de Costa, representa el libro más importante del regeneracionismo y, desde luego, el más representativo, si bien, su valor actual sea muy relativo sobre todo en los datos que ofrece. Todo el plan de la obra parte de la consideración básica de que la sociedad es como un organismo vivo que puede degenerar y regenerarse ¹⁴⁸.

¹⁴⁴ J. S. PÉREZ GARZÓN: “Introducción”, *op. cit.*, p. 33.

¹⁴⁵ J. L. ABELLÁN: “El Costismo de Macías Picavea”, *Revista de la Universidad de Madrid* 19 (1970), p. 9.

¹⁴⁶ R. MACÍAS PICAVERA: *El problema nacional*, *op. cit.*, p. 124.

¹⁴⁷ *Ibidem*, [ed. de Madrid 1992], p. 27.

¹⁴⁸ “Aparece la enfermedad y en los siglos XVII y XVIII evoluciona en todos los períodos agudos. Después convertida en discrasia, en pucemia y toxicoemia, en infección general del

Al analizar las causas de la decadencia de España, dice que tienen su origen en la postración de las instituciones políticas con la dinastía de los Austria. En el apartado titulado *La España decadente*, afirma lo siguiente de dicha dinastía:

De pronto, un cuerpo extraño se interpone, la vida se detiene, y una parálisis mortal se extiende desde el corazón a todos los miembros de aquel cuerpo robusto, a todas las potencias de aquel espíritu poderoso. [...] Llegó a España, en efecto, el teutón Carlos V, copó la nación, la encadenó a Alemania, y desde aquel día nefasto, ¡adiós Municipios republicanos, Regiones libres, Gremios democráticos, ciudades industriosas, campos prósperos, burguesía inteligente y rica [...]. Todo aquello, que era nuestra médula y nuestra alma, se apagó prontamente. Y desde entonces todo también fue boca abajo, de cabeza hacia el abismo¹⁴⁹.

España, concluía Picavea, no solo perdió su idiosincrasia introduciendo en el gobierno a los flamencos, sino que además “Clérigos y soldados, teocracia y militarismo, suplantaron totalmente a nuestros concejos, gremios, milicias”¹⁵⁰.

El desastre del 98 influyó a los historiadores que se pueden considerar de esta generación, Altamira y Menéndez Pidal¹⁵¹. Poseídos de un intenso patriotismo se mostraron convencidos de que —como historiadores— tenían una misión que cumplir para la regeneración de España. Para Rafael Altamira era:

combatir el pesimismo [...] y demostrar la carencia de valor científico de las diversas Psicologías que [...] afirmaban sin resquicio de apelación, nuestra incapacidad para la vida civilizada.

Ramón Menéndez Pidal acudió a la historia “con el propósito de devolver a España una conciencia más exacta de su pasado y, con ella, una razón de ser como colectividad”¹⁵².

organismo entero se agarra a los hongos de él, forma constitución morbosa y se hace crónica, minando profundamente la vida hasta acabarla” (citado por J. L. ABELLÁN: “El Costismo de Macías Picavea”, *op. cit.*, p. 14).

¹⁴⁹ R. MACÍAS PICAVEA: *El problema nacional*, *op. cit.*, p. 215. La descripción de nuestra historia continúa: “Tras Carlos V vino Felipe II, otro teutón cien veces más peligroso, por más cerrado que su padre y forrado además en cierto pseudo-españolismo, ya entonces en uso”.

¹⁵⁰ *Ibidem*, p. 224.

¹⁵¹ C. DARDÉ MORALES: *La idea de España en la historiografía del siglo XX*, Santander 1999, p. 12.

¹⁵² *Ibidem*, pp. 14-15; R. MENÉNDEZ PIDAL: *Los españoles en la Historia*, Madrid 1947, pp. 12-13.

Pero lo que ha dado a la derecha española en su conjunto una suerte de identidad propia ha sido la impronta católica, algo que la diferencia del resto de las derechas europeas en no pocos aspectos. El catolicismo dotó al conjunto de la derecha española —no solo a la extrema derecha tradicionalista— de esquemas de interpretación cargados de símbolos, mitos e imágenes, de todo un repertorio de significados sobre las cualidades y los acontecimientos del mundo: el providencialismo, la lucha del Bien contra el Mal como motor de la historia, la llamada “causalidad diabólica”, la existencia del “chivo expiatorio”, la Edad de Oro perdida e, incluso, el mismo concepto de identidad nacional ¹⁵³.

En pocos aspectos el catolicismo español fue un obstáculo de carácter cualitativo a la emergencia en el seno de la derecha de actitudes de carácter liberal y democrático. La derecha liberal española se ha caracterizado, hasta hace bien poco, por su debilidad social e ideológica. Ciertamente, el conservadurismo liberal fue dominante a lo largo del siglo XIX y parte del XX, pero a costa de una permanente hipoteca por parte de las fuerzas del Antiguo Régimen. Ideológicamente, tanto la Ilustración como el liberalismo españoles se han caracterizado por una acentuada tendencia al eclecticismo por un acusado temor de ir demasiado lejos. En este sentido, la tradición conservadora-liberal supuso, a nivel ideológico, una clara conciliación entre el liberalismo y el tradicionalismo con muchas concesiones hacia la perspectiva contrarrevolucionaria. Es significativo a ese respecto que el conservadurismo liberal no pudiera desarrollar, dada la influencia católica, una visión de la historia semejante a la *whig* del liberalismo británico.

No obstante, esta tradición fue autora de una importante obra política y social. Por de pronto, y con todas las insuficiencias que podamos achacarle, sentó las bases de la construcción de un Estado Moderno y para la transformación de la sociedad española: el sistema uniforme de la administración, la Guardia Civil, el sistema tributario moderno, los rudimentos del régimen parlamentario...

Otra de las razones de la decadencia, denunciada por regeneracionistas, era que los españoles no conocían su propia historia, por lo que difícilmente podrían enfrentarse con sus problemas. Así, Manuel Azaña, en una de sus primeras conferencias, pronunciada en 1911, *El problema español*, afirmaba:

Ya es tiempo de que la nación española deje de ser un pueblo que no sabe de sí absolutamente nada, ni lo que le debe la civilización universal, ni de las deudas que tenga a su vez con la civilización misma ¹⁵⁴.

¹⁵³ P. C. GONZÁLEZ CUEVAS: *Historia de las derechas españolas...*, *op. cit.*, p. 19.

¹⁵⁴ Citado por J. MARICHAL: “España: conciencia histórica y patriotismo”, en *Nation et nationalités en Espagne / Nación y nacionalidades en España*, *op. cit.*, p. 267.

Julián Juderías se pregunta:

¿Cuándo empieza la decadencia de España? ¿Se inicia al mismo tiempo la decadencia política y la decadencia intelectual? ¿Se extingue por completo la influencia de España con la decadencia política?¹⁵⁵.

Pero ¿a qué obedeció nuestra decadencia? ¿Fue obra de los hombres o producto de las circunstancias? ¿Se derivó del fanatismo religioso, como algunos dicen, o de nuestra incapacidad para el trabajo reproductivo? Aventurado sería dar la primacía a ninguna de estas causas, tan problemáticas algunas. Don Juan Valera, con el cual coincidimos en no pocas apreciaciones, decía en su Discurso de contestación al de Núñez de Arce en la Academia Española: “Nos creímos el pueblo de Dios, confundimos la religión con el egoísmo patriótico; nos propusimos el dominio universal, sirviéndonos la cruz de enseña o lábaro para alcanzar el imperio. El gran movimiento de que ha nacido la ciencia y la civilización moderna y al cual dio España el primer impulso, pasó sin que lo notásemos, merced al desdén ignorante y al engreimiento fanático, y cuando en el siglo XVIII despertamos de nuestros ensueños de ambición, nos encontramos muy atrás de Europa, sin poder alcanzarla y obligados a seguirla como a remolque”¹⁵⁶.

Pero el tema de la decadencia de España no se limitó a las últimas décadas del XIX, sino que continuó en la época de entreguerras. En 1921, J. Ortega y Gasset escribía su *España invertebrada*; en 1924, Pedro Sáinz Rodríguez inauguraba el curso en la Universidad Central con un discurso titulado “La evolución de las ideas sobre la decadencia española”; o en 1933, Ernesto Giménez Caballero publicaba *Genio de España. Exaltaciones a una insurrección nacional y del mundo*¹⁵⁷. Para este introductor de las ideas fascista en España, el tema regeneracionista de la decadencia nacional ya no era formulado en estos términos, sino de relación entre masas y minorías o de apelación a los “valores morales”. La decadencia aconteció con la “pérdida de la idea de Imperio” en los siglos XVIII y XIX. La exaltación de los Austria llegaba a su paroxismo.

Federico Onís afirmaba:

Así, pues, unos sostienen que las causas de nuestra evidente decadencia hay que buscarla en el error fundamental político de la Casa de Austria, que nos hizo tomar ante el mundo la posición reaccionaria frente a las nuevas corrientes

¹⁵⁵ J. JUDERÍAS: *La leyenda negra. Estudios acerca del concepto de España en el extranjero*, Valladolid 2003 [ed. de 1914 y reformada 1917], pp. 152-153.

¹⁵⁶ *Ibidem*, pp. 153-154.

¹⁵⁷ Existe una edición en Barcelona 1983. Sobre las ideas de este intelectual, M. PASTOR: *Los orígenes del fascismo en España*, Madrid 1975, pp. 24-37.

—principalmente la Reforma— convirtiéndonos en paladines del catolicismo con todas las consecuencias de esta lucha: guerras de religión, Inquisición, represión de la libertad individual, aislamiento de Europa. Otros, en cambio sostienen que sólo en esta época en que se mantuvo entre nosotros la fe católica en toda su pureza y exaltación, gozó España de su grado máximo de desarrollo intelectual y de poderío material, y si después de haber decaído por causas políticas transitorias, no nos hemos vuelto a levantar, ha sido por el error fundamental de nuestros gobiernos y nuestros intelectuales de ir a buscar su fuerza e inspiración en las ideas heterodoxas o erróneas dominantes en Europa, rompiendo así entre nosotros la unidad de la fe católica, que era nuestra fuerza y el único camino de salvación. Otros han señalado causas económicas; otros han buscado en la psicología nacional vicios radicales —individualismo anárquico, pereza, soberbia, intolerancia— que nos hacen incompatibles con las nuevas formas de civilización ¹⁵⁸.

1.6. *LA DECADENCIA DE LA MONARQUÍA HISPANA DURANTE EL RÉGIMEN DE FRANCO (1939-1975)*

Acabada la Guerra Civil española (1936-1939), los intelectuales del nuevo Estado se apresuraron a justificar el levantamiento militar que habían provocado y las directrices culturales del nuevo régimen político, que contó con el beneplácito y aliento de la Iglesia católica ¹⁵⁹. Los nuevos intelectuales trataron de justificar el nuevo régimen político español en el viejo “estado” de los Reyes Católicos: la ruta del Imperio, que comenzaba con Roma, continuaba en Carlomagno y culminaba, pero no acababa, en Carlos V, pues todo ese pasado imperial era solo parte de una ruta, “y no de una ruta recorrida hasta la última piedra miliaria, sino como calzada a mitad de construir”, según escribía Juan Beneyto, que buscaba también en el “imperio del pasado la energía para proyectar el imperio del futuro” ¹⁶⁰. Ni que decir tiene que la actuación de los reyes Habsburgo había sido esencial en dicha evolución y, por consiguiente, la dinastía estaba integrada dentro de la evolución histórica de España, aunque para demostrarlo, tuvieran que valerse de las investigaciones que realizó Menéndez Pidal en torno

¹⁵⁸ F. DE ONÍS: *Ensayos sobre el sentido de la cultura española*, Madrid 1932, pp. 56-57.

¹⁵⁹ S. JULIÁ: *Historia de las dos Españas*, Madrid 2004, p. 293.

¹⁶⁰ J. BENEYTO: *España y el problema de Europa. Contribución a la historia de la idea de Imperio*, Madrid 1942. Estos párrafos desaparecieron en la edición de 1950, incluso el subtítulo de la obra, que pasó a ser: *Historia política exterior* (citado por S. JULIÁ: *Historia de las dos Españas*, op. cit., p. 328).

a Carlos V ¹⁶¹. De acuerdo con ello, la España de la República (1931-1936), como decía José María Pemán, “no era la España auténtica, era un ejército invasor que había acampado en nuestros órganos de vida oficial” ¹⁶². Los estudios resultantes, muchos de ellos constituyen ejemplos de buena investigación empírica, quedaban devaluados al plantearlos con el objetivo de justificar la ideología del sistema político vigente. De esta manera, en el ámbito académico caló la idea de que la investigación de los Austria, especialmente, de los dos primeros (Carlos V y Felipe II) eran temas reservados a los historiadores ultraconservadores, simpatizantes con el régimen franquista.

Ciertamente, no faltaban razones para ello. Los intelectuales reunidos en torno a *Acción Española* —que terminaron por pasar a la política en el gobierno de Franco— se ocuparon, a partir de finales de la década de 1940-50, en justificar el proyecto de Estado franquista en la historia del Siglo de Oro hispano. Según tales ideólogos, la nacionalidad española se había forjado históricamente sobre el principio religioso y por tanto no podía haber vacilación alguna en repeler aquellos elementos que se habían hecho a sí mismo inasimilables para la tradición unitaria y ortodoxa de la nación española ¹⁶³. Sin duda ninguna, tal proyecto coincidía con la doctrina de Menéndez Pelayo, cuya obra fue asumida íntegramente (incluyendo hasta los errores) por este grupo. La conciencia de escuela intelectual, capaz de formular un proyecto cultural e histórico, fue asumida y propagada por los miembros de este grupo a través de sus publicaciones, especialmente de la revista *Arbor*, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en cuyas páginas, no solo difundieron sus ideas, sino que se auto-proclamaron nueva generación cultural, insertándose en la evolución de la historia de España.

Esta nueva generación, no solo ensalzaba la dinastía Habsburgo, porque había conseguido la mayor expansión territorial de la Monarquía con la misión de difundir el catolicismo, sino que también justificaba su decadencia (ocurrida en el siglo XVII) y la actitud de sus monarcas presentándolos con una conducta ejemplar al asumir la derrota por defender la religión. En enero de 1948, aparecía en la citada revista un artículo de Vicente Palacio Atard, que llegaría a ser considerado como el programa doctrinal de la nueva generación de intelectuales

¹⁶¹ Sobre la interpretación de Menéndez Pidal, véase J. MARTÍNEZ MILLÁN (dir.): *La Corte de Carlos V*, Madrid 2000, vol. I, “Introducción”.

¹⁶² S. JULIÁ: *Historia de las dos Españas*, op. cit., pp. 293-294.

¹⁶³ R. CALVO SERER: “Del 98 a nuestro tiempo. Valor de contraste de una generación”, *Arbor* 37 (enero 1949), pp. 1-34, recogido después en *España sin problema*, Madrid 1949.

españoles ¹⁶⁴. En dicho trabajo, Palacio afirmaba que desde Westfalia había comenzado la decadencia de España y había sido cerrada con la Guerra Civil (1936), donde comenzaba un nuevo renacer ¹⁶⁵. Como desarrollo de este artículo, al año siguiente (1949), Palacio Atard publicaba un libro, *Derrota, agotamiento, decadencia en la España del siglo XVII*, en el que (en una breve introducción) planteaba con toda claridad el enfoque (y la justificación) que se le debía dar a la historia de España:

España luchó por algo, y esa lucha nos condujo a la derrota y al agotamiento, y, con la ruina de nuestro poder político y de nuestra economía, vino la catástrofe moral.

España luchó por algo. ¿Valía la pena pelear y morir por ese ideal que llevó a España al combate? [...] Alguien ha dicho que estudiamos la Historia para intervenir en su marcha. En los días azarosos que viven Europa y la cultura europea, este imperativo se hace más apremiante. Nos hallamos, además, ante un centenario significativo: 1648, los tratados de Westfalia, la consumación de la derrota española, el adiós a las ilusiones de una Europa entendida como hogar de la Cristiandad ¹⁶⁶.

El libro quedó como paradigma historiográfico para articular la evolución de la historia de España, especialmente de la casa de Austria, cuando Vicens Vives le realizó una elogiosa reseña, en la que afirmaba que veía la aparición de una nueva generación de intelectuales representados por este joven historiador, “la generación de 1948, la del centenario de la Paz de Westfalia y de la revolución democrática de 1848”. Una generación, añadía Pérez Embid, “a la que resultaba incitante poner sus empresas históricas bajo el signo de la caducidad de Westfalia y de la caducidad de todo lo que trajo a Europa el año 1848” ¹⁶⁷, mientras que Rafael Calvo remataba dicha opinión al señalar el acierto que los miembros de dicho grupo habían tenido al escoger como maestro a Menéndez Pelayo, “quien nos descubrió el modo como se formó nuestra nacionalidad, la grandeza

¹⁶⁴ Á. FERRARY: *El franquismo: minorías políticas y conflictos ideológicos, 1936-1956*, Pamplona 1993, pp. 263-264.

¹⁶⁵ V. PALACIO ATARD: “Westfalia ante los españoles de 1648 y 1948”, *Arbor* 25 (enero 1948), pp. 53-58; Á. FERRARY: *El franquismo...*, *op. cit.*, p. 262.

¹⁶⁶ V. PALACIO ATARD: *Derrota, agotamiento, decadencia en la España del siglo XVII*, Madrid 1949, pp. 9-10. Existía un antecedente de este análisis, J. M. RUBIO ESTEBAN: *Los ideales hispanos en la tregua de 1609 y en el momento actual*, Valladolid 1937.

¹⁶⁷ F. PÉREZ EMBID: “Ante la nueva actualidad del problema de España”, *Arbor* 45-46 (1949), pp. 159-160.

de nuestra historia y los caracteres de nuestros destinos”¹⁶⁸. Se consumaba así la “glorificación” de la dinastía Habsburgo en la historia de España: por una parte, se identificaba su política con la defensa del catolicismo, por otra, se constataba la grandeza de la Monarquía hispana cuando luchó por expandir la religión (reinados de Carlos V y Felipe II); finalmente, se disculpaba a los reyes del resto de la dinastía (Felipe III, Felipe IV y Carlos II) de la decadencia, al considerar que había sido producida por el abandono de la religión que se dio tras la Paz de Westfalia en las monarquías europeas (nuevo espíritu cultural), incidiendo en que España se había quedado sola defendiendo la Iglesia católica. A partir de entonces, uno de los temas de investigación preferidos por los historiadores fue la decadencia de España y las causas que la provocaron con el fin de realizar una articulación de la historia de España de acuerdo a sus proyectos políticos.

1.7. *LA DECADENCIA DE LA MONARQUÍA Y EL REINADO DE FELIPE IV EN LA HISTORIOGRAFÍA ESPAÑOLA ACTUAL*

Tras las primeras décadas del régimen franquista, los historiadores españoles comenzaron a estudiar el período denominado de los “Austrias menores”, es decir al siglo XVII, con un espíritu científico, muy lejos de la preocupación de justificar el régimen con la interpretación histórica. Con todo, esta historiografía trabajaba bajo condiciones externas que limitaban su credibilidad, tanto en lo referente a su calidad y resultados como a las servidumbres ideológicas o clientelares a las que tenía que someterse. Esto explica que durante los últimos años del franquismo y primeros años de la transición, los historiadores españoles se fijaran en el extranjero como único criterio de autoridad intelectual. La desconfianza afectaba tanto a los métodos como a los resultados. De esta manera, nos encontramos con que, después de 1975, los hispanistas marcaron las líneas de investigación y determinaron los temas y problemas de estudio. Algo insólito, pero que remite al descrédito que señalaba anteriormente sobre la historiografía de la época franquista. El profesor Cepeda Adán, tomando nota del éxito de los historiadores extranjeros, afirmaba:

el esfuerzo de una historia antitópica que pretende entender de nuevo y desde su raíz, la historia de un pueblo a la luz de un nuevo concepto de la ciencia del pasado¹⁶⁹.

¹⁶⁸ R. CALVO SERER: “Una nueva generación española”, *Arbor* 8 (1948), p. 335.

¹⁶⁹ J. CEPEDA ADÁN: *La Historia de España vista por los extranjeros*, Barcelona 1975, p. 11.

De esta manera, las nuevas corrientes de historia (preferentemente la *Escuela de los Annales*) comenzaron a entrar en los ambientes académicos españoles, al mismo tiempo que los primeros investigadores comenzaban a salir de España tratando de aprender y de hacer una historia científica de acuerdo a los métodos que practicaban las ciencias sociales de la época¹⁷⁰. Uno de los primeros temas que fueron objeto de estudio con nueva perspectiva y metodología fueron las relaciones internacionales: la Guerra de los Treinta Años y las relaciones políticas internacionales que confluyeron en ella, dado que dicha contienda representaba el hecho empírico de la decadencia española. José M. Jover iniciaba –con su tesis doctoral– un análisis muy riguroso, sobre las relaciones hispano-francesas en 1635¹⁷¹; sin embargo, fue el jesuita Quintín Aldea quien se percataba de la importancia que había tenido las relaciones entre la Monarquía y el Papado en la decadencia de Monarquía católica, estudiándola como parte de la dinastía Habsburgo y, en segundo lugar, a través de su relación con el Papado¹⁷². Unos años después, le siguieron otros trabajos, igualmente de obligada referencia para las relaciones internacionales del siglo XVII, debidos a los profesores Rafael Ródenas Villar y José Alcalá Zamora¹⁷³.

Tal vez fuera en los estudios económicos que explicaban la decadencia de la Monarquía donde más fuertemente se notó la influencia de las nuevas metodologías. Concretamente, algunos historiadores pioneros españoles asumieron los

¹⁷⁰ Es preciso recordar, en primer lugar, a José Deleito y Piñuela (1879-1947), quien de manera autodidacta escribió –con metodología muy avanzada– numerosos estudios sobre la corte de Felipe IV, que entonces pasaron desapercibidos e, incluso, denostados por no ser comprendidos. Deleito forma parte de los historiadores y archiveros expedientados o rechazados durante el franquismo (I. M. GALLARDO FERNÁNDEZ: *José Deleito y Piñuela y la renovación de la historia en España: antología de textos*, Valencia 2005, pp. 23-94).

¹⁷¹ J. M. JOVER ZAMORA: 1635. *Historia de una polémica y semblanza de una generación*, Madrid 1949. Al mismo tiempo escribía una serie de artículos, muy en consonancia con la polémica de la época: “Sobre la conciencia histórica del Barroco español”, *Arbor* 39 (1949), pp. 355-374; “El sentimiento de Europa en la España del siglo XVII”, *Hispania* 9 (1949), pp. 263-307.

¹⁷² Q. ALDEA VAQUERO: “España, el Papado y el Imperio durante la Guerra de los Treinta Años. Instrucciones a los Nuncios Apostólicos en España (1624-1632)”, *Miscelánea Comillas* 16/29 (1958), pp. 291-437 y 16/30 (1958), pp. 249-330.

¹⁷³ Entre los numerosos trabajos que han escrito sobre la materia, nadie pondrá en duda que resultan clásicos para estudiar la Guerra de los Treinta Años: R. RÓDENAS VILLAR: *La política europea de España durante la Guerra de los Treinta Años (1624-1630)*, Madrid 1967; J. ALCALÁ ZAMORA Y QUEIPO DE LLANO: *España, Flandes y el Mar del Norte (1618-1639): La última ofensiva europea de los Austrias madrileños*, Barcelona 1975.

métodos de la escuela francesa de los *Annales*. Me refiero a los grandes maestros, los profesores Felipe Ruiz Martín, quien, en su discurso de ingreso en el Real Academia de la Historia, leído el día 21 de octubre de 1990: *Las finanzas de la Monarquía hispánica en tiempos de Felipe IV, 1621-1665*, recopilaba todos los conocimientos que había ido publicando en trabajos anteriores y realizaba una precisa articulación de la evolución del reinado de Felipe IV¹⁷⁴, y Antonio Domínguez Ortiz, quien ya en 1960 escribía su *Política y hacienda de Felipe IV*, a partir de este trabajo fue enriqueciendo los distintos aspectos financieros y fiscales del reinado de Felipe IV en multitud de trabajos posteriores. Los escritos de ambos maestros constituyen estudios clásicos, imprescindibles para entender el reinado de Felipe IV y, en general, el siglo XVII español.

No obstante, donde se observa que la historiografía española comenzaba a participar de las inquietudes y problemas de la historia europea fue en los temas de la organización política del siglo XVII. En este sentido se impone destacar al profesor José Antonio Maravall, reconocido internacionalmente ya en aquellos años, que realizó una vasta obra sobre temas políticos y sociales del siglo XVII español, aportando sus conocimientos sobre la Monarquía española en el tema de la formación del Estado y de la organización de las “Monarquías absolutistas”, que se había planteado en los historiadores europeos a mediados del siglo XX¹⁷⁵. Por su parte, el profesor Francisco Tomás y Valiente, también participaba de estas inquietudes temáticas y metodológicas a través de estudios pioneros sobre la organización del poder y la aparición de la figura del valido; si bien, el trabajo de madurez sobre la organización política de la Monarquía de Felipe IV lo escribió en 1982 (fruto de sus trabajos anteriores) en un volumen colectivo sobre dicho reinado, en el que participaron los historiadores hasta ahora mencionados, y que constituye una de las obras más completas sobre la decadencia de la Monarquía hispana y sobre el reinado de Felipe IV que existe dentro de la historiografía española¹⁷⁶.

¹⁷⁴ Como por ejemplo, su extenso trabajo en *El Banco de España. Una historia económica*, Madrid 1970.

¹⁷⁵ J. A. MARAVALL: *Estado Moderno y mentalidad social: siglos XV al XVII*, Madrid 1972; *La oposición política bajo los Austrias*, Barcelona 1972; *Poder, honor y élites en el siglo XVII*, Madrid 1989; *Teoría del Estado en España en el siglo XVII*, Madrid 1997.

¹⁷⁶ F. TOMÁS Y VALIENTE: *Los validos de la Monarquía española del siglo XVII (Estudio institucional)*, Madrid 1963; F. TOMÁS Y VALIENTE (dir.): *La España de Felipe IV. El gobierno de la Monarquía...*, op. cit.

Con todo, es preciso recordar que uno de los problemas fundamentales de la historiografía española del franquismo había sido su aislamiento respecto a la actividad de las ciencias históricas en el extranjero. Una historiografía que trabajaba bajo condiciones externas que limitaban su credibilidad, tanto en lo referente a su calidad y resultados como a las servidumbres ideológicas o clientelares a las que se sometía. Esto explica que en los primeros años de la transición los jóvenes historiadores españoles se fijaran en el extranjero como único criterio de autoridad moral e intelectual. La desconfianza afectaba tanto a los métodos como a los resultados. Ingenuamente, se pensó que los hispanistas contribuyeron a contemplar la dinastía Habsburgo, libre de condicionantes políticos e ideológicos. Pero la mayor parte de los hispanistas se alimentaban de la propia historiografía española devolviéndola aparentemente purificada de contaminantes adaptada a sus métodos. Es muy importante señalar que, de alguna manera, por su mano entró la historiografía del exilio y con ella, corrientes y lecturas que habían tenido escaso eco en nuestra historiografía. Aunque podría detenerme en los hispanistas franceses como Pierre Vilar, Henry Lapeyre, Bartolomé Bennassar, Cavillac, etc. todos grandes maestros, considero que quien cambió la interpretación del siglo XVII español y, más concretamente, del reinado de Felipe IV, fue el profesor John H. Elliott, cuya influencia en la historiografía española nunca estará bien reconocida.

La renovación que el profesor John H. Elliott realizó del reinado de Felipe IV viene señalada por unas obras fundamentales: comenzó con un manual, *Imperial Spain* (1963), que en 1965 se tradujo al castellano. *La España Imperial*, que fue un soplo de aire fresco para la investigación histórica española y para la interpretación de la dinastía de los Habsburgos en la Monarquía hispana al margen de utilidades políticas; fue continuada con la realización de una excelente tesis doctoral *The Revolt of the Catalans* (1963), que centraba su foco de atención sobre la monarquía de Felipe IV, analizando un problema medular del reinado. Finalmente, escribió la biografía de don Gaspar de Guzmán, *The Count-Duke of Olivares* (1986). En realidad, constituye un estudio más amplio que la biografía del célebre valido; se trata de una obra de madurez en la que, a través de la actividad de Olivares, estudia la evolución de la Monarquía y la organización que le quiso dar (memorial de 1624, Unión de Armas, etc.), enfocado dentro de la tensión de autoritarismo castellano frente al “confederalismo” de los reinos periféricos.

La idea de que la Monarquía española era una especie de confederación de estados, así como la contraposición entre autoritarismo castellano y “federalismo” aragonés (que en mi opinión subyacen en los planteamientos del profesor Elliott) eran ya elementos destacados por la historiografía nacionalista catalana,

concretamente en las ideas (más que en la obra, que es escasa) de Batista i Roca que impartía clases de *Historia de España* en la Universidad de Cambridge. Aunque se suele utilizar a Vicens Vives como referente, fue la interpretación de Batista i Roca la que tuvo un poderoso ascendiente en las obras de los profesores Helmut Koenigsberger y John H. Elliott. Así pues, se puede decir que el gran logro del “Círculo de Cambridge” fue situar en el centro del debate una idea de España cuyas raíces estaban en el fuerismo, el manantial del que bebía el nacionalismo y sobre la que se interpretó –en adelante– el reinado de Felipe IV.

Pero la aportación del profesor Elliott no se limitó al estudio de la actividad política del conde duque de Olivares y la evolución del reinado de Felipe IV, sino que también abordó la explicación del concepto de decadencia de la Monarquía hispana. Ya en 1973, participaba en una obra, bajo la dirección del profesor C. M. Cipolla, con título bien expresivo: *La decadencia económica de los imperios*¹⁷⁷. El profesor J. H. Elliott aportaba un trabajo sobre “La decadencia de España”. En él, el eminente profesor defendía que más que decadencia de España habría que hablar de “decadencia de Castilla, que es algo muy distinto”. Para demostrarlo, proponía el análisis de tres factores económicos que constituyeron “las bases de la primacía de Castilla en el siglo XVI eran su población, su productividad y su riqueza de ultramar”¹⁷⁸. A partir de aquí, el profesor Elliott realizaba un meritorio análisis de la evolución de estas estructuras con los escasos estudios que existían en la historiografía española sobre cada una de ellas. Desde estos planteamientos, resulta lógico el modo en que trataba la decadencia de Castilla y hasta la política del conde duque de Olivares¹⁷⁹.

No obstante, la idea de decadencia de la Monarquía del profesor Elliott estructuró las coordenadas metodológicas en las que –en adelante– se iban a mover las investigaciones sobre la decadencia de la Monarquía hispana; no en vano había participado en la fecunda discusión de la crisis del siglo XVII, aportando clarificadoras ideas sobre el tema¹⁸⁰. El profesor Elliott resume con maestría esta situación de la investigación:

¹⁷⁷ C. M. CIPOLLA, J. H. ELLIOTT, P. VILAR Y OTROS: *La decadencia económica de los imperios*, Madrid 1977 [1ª ed. en inglés 1973].

¹⁷⁸ *Ibidem*, p. 136.

¹⁷⁹ *Ibidem*, pp. 150-151.

¹⁸⁰ J. H. ELLIOTT: “Revolution and Continuity in Early Modern Europe”, *Past and Present* 42 (1969), pp. 35-56, traducido en J. H. ELLIOTT: *España y su mundo...*, *op. cit.*, pp. 122-145; F. BEGNINO: “Ripensare la crisi del Seicento”, *op. cit.*, pp. 10-52.

Parece poco probable que el relato de la decadencia de España pueda alterar en lo esencial la versión, generalmente aceptada, de la historia de España del siglo XVII, porque las cartas son siempre las mismas, por mucho que las barajemos: mano muerta y vagancia, ineptitud en el gobierno y un desprecio que todo lo invade hacia la dura realidad de la vida económica. Sin embargo, en vez de permanecer diseminadas de cualquier modo, se les puede dar una pauta y una coherencia. Pero aun después de volver a barajar y de distribuir las cartas de modo apropiado, es dudoso que se pueda disentir del veredicto que sobre España diera Robert Watson en su *History of the Reign of Philip III*, publicado en 1783: “Su poder no correspondía a sus inclinaciones”, ni del veredicto más duro del contemporáneo González de Cellorigo, “que no parece sino que se han querido reducir estos reinos a una república de hombres encantados, que vivan fuera del orden natural”, una república cuyo ciudadano más famoso fue don Quijote de la Mancha¹⁸¹.

Pocos años después, en un excelente libro, en el que también intervinieron sus discípulos, se presentaban las líneas maestras de la investigación a la que rápidamente se apuntaron con entusiasmo jóvenes —entonces— historiadores españoles¹⁸². El riguroso análisis que cada uno de estos investigadores realizó sobre la materia estudiada (nobleza, economía, letrados...) provocó que el lector percibiera la evolución de la decadencia de la Monarquía hispana como una unidad cronológica, que comprendía varios reinados, y en la que desaparecía las características específicas de cada uno de ellos¹⁸³.

Pero el mérito del profesor Elliott radica, no solo en su extensa y bien construida investigación, sino también en inscribir la Historia Moderna de España en la de Europa (señalando que no es ni exótica ni singular) y, sobre todo, por haber creado un potente grupo de discípulos que han complementado su trabajo (Casey, Parker, Thompson, Jago, Kagan, etc. que, a su vez, han preparado a otra generación de historiadores, como Paul C. Allen). Además, su magisterio ha determinado los temas y los problemas estudiados por un conjunto muy extenso de profesores españoles de reconocido prestigio (X. Gil, Fortea, Albaladejo,

¹⁸¹ J. H. ELLIOTT: “La decadencia de España”, *op. cit.*, p. 286.

¹⁸² J. H. ELLIOTT: “Introspección colectiva y decadencia en España...”, *op. cit.*, pp. 198-233.

¹⁸³ Los mismos títulos de las publicaciones así lo denotan a través de la cronología que comprenden. Resultaría prolijo citar todas estas obras, pero valgan como ejemplo, I. A. A. THOMPSON: *Guerra y decadencia. Gobierno y administración en la España de los Austrias, 1560-1620*, Barcelona 1981 [ed. en inglés 1976], o la más reciente, debida a la Asociación de Historiadores Españoles de la Edad Moderna, F. J. ARANDA PÉREZ (coord.): *La declinación de la Monarquía hispana...*, *op. cit.*

Gelabert, etc.), que han complementado líneas de investigación que el profesor Elliott dejaba abiertas: la evolución de las Cortes, la fiscalidad, la diversidad de reinos, etc.

Entre todos ellos han realizado un análisis histórico cohesionado, lógico, excelentemente documentado, con una metodología y planteamiento claros y específicos de la escuela. No obstante, considero que esta corriente tiene algunas carencias, cuyos miembros han advertido en ocasiones y han tratado de resolverlas sin lograrlo completamente. Por ejemplo, el tema de la “corte”, que el profesor Elliott ha tratado de suplir con algunos artículos publicados, o el concepto de “Monarquía compuesta” de los Habsburgo, señalada también por el profesor Elliott y que al profesor Fernández Albaladejo le lleva a reconocer:

una lógica de pluralismo cultural y federalismo político prima sobre las anteojeras del *nation-building* y el paradigma estatalizante se ha puesto en cuestión [...] Redimidos de su condición de agentes patógenos, los Austrias, con su estructura de “monarquía compuesta” su potencial federalizador, se ofrecen ahora como espejo en el que pudiéramos contemplarnos.

En mi opinión, ello se debe a las deficiencias que presentan sus propios planteamientos. Básicamente, detecto tres graves insuficiencias: en primer lugar, analizan la realidad histórica por coyunturas y estructuras, lo que deja fuera realidades históricas que existieron (tales como la casa real o la corte); en segundo lugar, sus investigaciones están influenciadas por el modelo de la “crisis general del siglo XVII”, que induce a explicarla decadencia de la Monarquía hispánica en términos exclusivamente económicos, adaptando a tal evolución el resto de actividades (política, cultura, etc.); finalmente, el estudio que realizan sobre la Monarquía hispana de los Habsburgo no tiene en cuenta (a veces hacen referencia, pero de manera tangencial) la rama de la dinastía del Imperio, lo que determina unos resultados insuficientes, porque la dinastía tuvo dos ramas (Madrid-Viena) y esto tuvo un peso fuerte en la articulación de la política exterior, más fuerte que la condición atlántica de la Monarquía, que el grupo del profesor Elliott defiende, cayendo en los mismos defectos de enfoque enunciados.

De estas tres carencias se derivan otras que, a nuestro juicio, acaban mostrando un cuadro irreal de la Monarquía; por ejemplo, se desdeña el papel de la religión y en sus análisis de los textos políticos se limitan a valorarlos como si fueran escritos por laicos (casi por políticos actuales). Ignoran la justificación del catolicismo (y de Roma) en la evolución de la dinastía Habsburgo y analizan sus acciones desde una perspectiva secular. La enorme distorsión existente entre los planteamientos metodológicos y las realidades estudiadas ha dado lugar a extrañas hipótesis de trabajo y líneas de investigación en las que queda de manifiesto

el agotamiento de esta vía. Concretamente, el falso dilema sobre las “revoluciones de 1640” en la Monarquía hispana, que lleva a hacerse la pregunta de por qué no hubo rebeliones en lugares donde objetivamente deberían haber sucedido (Castilla), dado que los parámetros son los mismos que los utilizados en el estudio de otros reinos; a pesar del loable esfuerzo del profesor Gelabert en demostrar que Castilla estaba convulsa¹⁸⁴, el modelo que este grupo utiliza, no resulta servible para explicarlo, si no se atiende a otros factores que iban más allá de lo económico.

En los últimos años, distintos historiadores, entre los que me cuento, que investigan la Monarquía de los Austria han advertido estas insuficiencias en consonancia con otros historiadores europeos que, desde sus respectivos campos de estudio, llegan a conclusiones parecidas. Es preciso señalar que el hispanismo británico que ha confeccionado la idea de la Monarquía de los Austria y su decadencia participaba en el grupo de la revista *Past and Present*, cuyos miembros han delimitado la forma de estudiar la Europa Moderna desde mediados del siglo XX, dejando fijado su modelo en la monumental *Historia del Mundo Moderno de Cambridge*. Este modelo es el que ha articulado la evolución del reinado de Felipe IV y, por consiguiente, es el modelo que está en juego, pudiendo extenderse las insuficiencias antes apuntadas al estudio del conjunto de los temas y problemas de la modernidad europea.

¹⁸⁴ J. E. GELABERT GONZÁLEZ: *Castilla convulsa...*, *op. cit.*